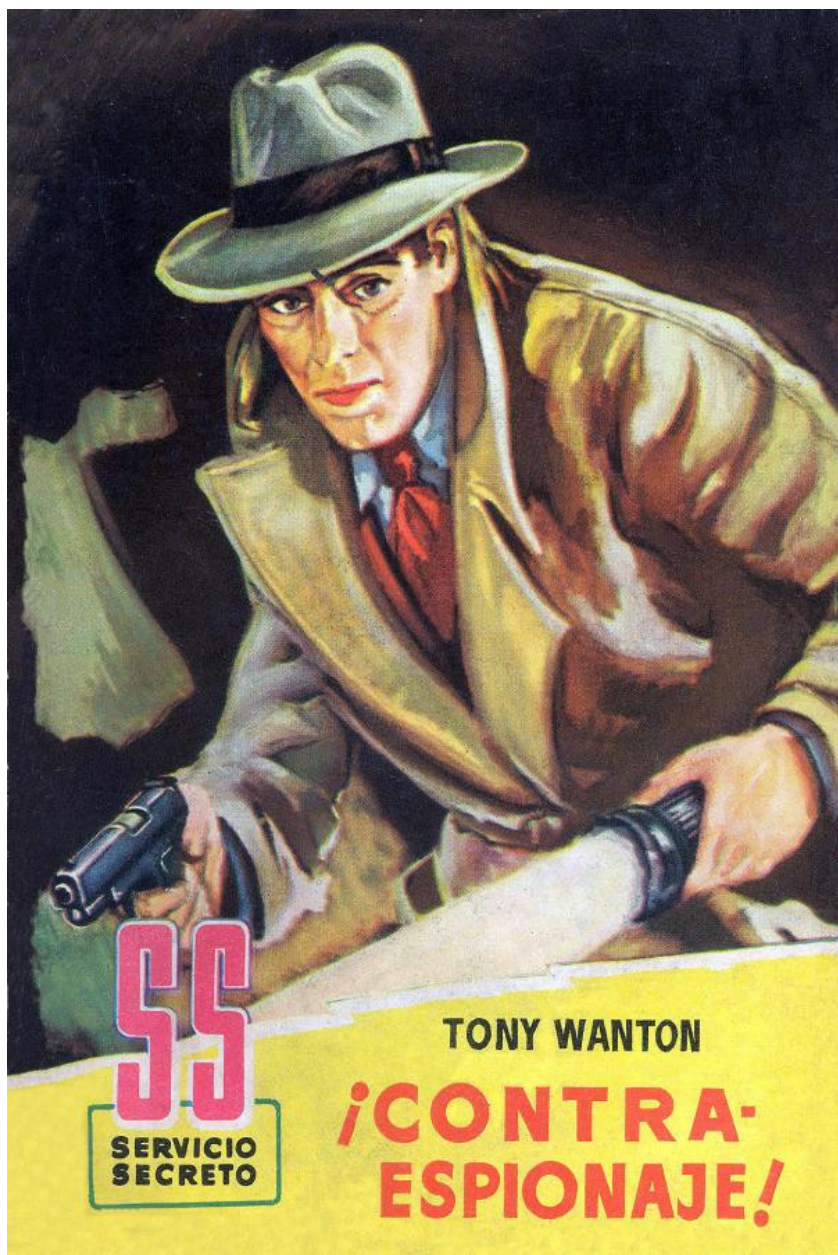




SS

**SERVICIO
SECRETO**

TONY WANTON

**¡CONTRA-
ESPIONAJE!**



TONY WANTON

¡CONTRAESPIONAJE!

1ª EDICIÓN
OCTUBRE 1956

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Colección
SERVICIO SECRETO
Obras publicadas del mismo autor:

Servicio especial

Reservados los derechos
para la presente edición

IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



CAPÍTULO I

Una mano blanquísimas se destacó en las sombras de la habitación apartando los pesados, cortinones.

La silueta de una mujer cuya figura se aduanaba, en parte, debido a llevar los hombros y los brazos desnudos, avanzó en silencio dejando a sus espaldas el armonioso ritmo de música moderna que por un instante se llegó a percibir al entrar tan sigilosamente.

Andando sin hacer ruido y procurando evitar el contacto con los muebles, se aproximó al centro de la estancia y manipuló durante un segundo. La luz verdosa de una lamparita eléctrica situada encima de una severa mesa escritorio dejó al descubierto el rostro de la desconocida.

Era una bellísima mujer de apenas, treinta, años, de esculturales formas y regio continente, vestida con un maravilloso traje de noche que realzaba su figura. La habitación en, la que terminaba de entrar era un despacho biblioteca, a juzgar por su estilo, y por los volúmenes que poblaban los anaqueles de que se veía repleto.

Sin titubeos, maniobrando con rapidez y sin dejar de lanzar miradas a espaldas suyas, abrió uno por uno los cajones de la amplia mesa, hasta dar con lo que buscaba. Sus ojos brillaron con fugaz relampagueo al contemplar los documentos que tenía en las manos. Los hojeó aprisa y ya iba a oprimir de nuevo el conmutador de la luz cuando una voz sonó a pocos pasos.

— ¡No se mueva, señorita!

Se irguió con rapidez, tensos los músculos y pálidas las facciones. Volvió la cabeza y se quedó mirando al hombre que hizo su entrada en la habitación sin que ella lo hubiese notado. Éste la contemplaba sonriendo despectivo.

Era un soberbio tipo de anchos hombros y enérgicos trazos faciales, alto de estatura y agudos ojos. Llevaba el uniforme de marina con los distintivos de comodoro y todo él respiraba la seguridad y valentía características en oficiales y jefes de la armada norteamericana. Empuñaba una, pistola de reglamento con la cual tenía encañonada a la mujer.

— ¿Tiene la bondad de dejar esos documentos donde los encontré?—ordenó sin dejar de sonreír, pero con un acento de ironía inconfundible.

—Le aseguro a usted, Fowler...—trató de justificarse ella.

—No siga. Las explicaciones no tardará en tenerlas que dar, señorita Selwyn, y le participo que no es nada fácil ante un consejo de guerra.

Cambió el tono de voz y prorrumpió con amargura:

— ¿Era éste el interés que me demostraba? ¡Valiente estúpido he sido haciéndole caso! Casi llega a salirse con la suya, ¿verdad"? ¡Era tan fácil!... Un hombre maduro, cansado, solterón empedernido y con fama de galante entre las mujeres. Usted, bonita, inteligente, sugestiva. Sus amigos del Eje supieron elegir bien y no es de ellos la culpa si fracasaran en lo que se proponían. La culpa es exclusivamente suya, Jane, ¡exclusivamente suya!, por haber conseguido interesarme de tal manera que cuando la vi abandonar el salón decidí seguir

sus pasos para abordarla de nuevo. ¡Y yo que pensaba hacerla mi mujer!...

Rechinó los dientes. Ella se había llevado las manos al pecho sin soltar los papeles que tomó y miraba fascinada, al hombre que tenía enfrente.

Fowler avanzó unos pasos acercándose a Jane.

— ¡Pronto! Deme eso—añadió a la vez que extendía la mano izquierda—. No quiero nada con espías.

—Le suplico...

— ¡Cállese! Mejor será que me entregue los documentos de que se apropió sin que tengamos necesidad de escándalo. Procuraré evitar que la vean salir cuando se la lleven y nadie se enterará de lo que aquí ha sucedido. ¿No cree usted que es lo más prudente, señorita Selwyn?

Ella iba a hablar, a excusarse de nuevo, pero la rigidez de los rasgos del marino, sus penetrantes ojos grises clavados en los suyos y la férrea voluntad que de aquél emanaba, unido a un significativo movimiento de la mano que empuñaba la pistola, la hicieron desistir.

Lentamente separó las manos del pecho, alargando con la derecha los papeles.

En aquel instante los cortinones de entrada se apartaron sin hacer ruido y un hombre embutido en abrochado sobretodo, con el cuello de éste subido y tocada la cabeza con un sombrero cuyas alas: le caían hacia los ojos ocultando en ellas las facciones que quedaban libres, apareció en el despacho.

La mano que sacó del bolsillo del sobretodo iba armada y en el momento mismo en que Fowler trataba de apoderarse de los documentos, disparó sobre él.

Se oyó un ¡plaf! sordo y el marino detuvo su avance tambaleándose una fracción de segundo, mientras se volvía hacia el desconocido agresor y su mano temblaba violentamente empuñando la pistola.

Se desplomó al suelo mientras Jane se llevaba una mano a

la boca para contener el grito que pugnaba por escapársele de los labios.

El desconocido hizo un ademán a la joven y ésta apagó la luz dejando el despacho a oscuras. A los pocos instantes se la veía escurrirse por entre los cortinones saliendo de la habitación.

El asesino se acercó a su víctima, en la obscuridad, inclinándose sobre ella como si quisiera asegurarse del trabajo realizado. Luego se puso en pie y se alejó en silencio. Los cortinones fueron apartados nuevamente y la estancia quedó completamente en sombras. Tan solo se distinguía en ellas la blancuzca palidez del marino, cuyo encogido cuerpo permanecía en trágica postura.

De pronto encendiéronse las luces. Varios reflectores hiriéronlo a la vez, y un murmullo de asombro brotó de las gargantas del grupo que rodeaban al “cameraman”, al director del film, al del sonido, y a cuantos especializados contemplaron absortos la formidable labor realizada por los artistas que acababan de interpretar tan magistralmente la escena en los estudios de una de las primeras firmas productoras de Hollywood.

Los cortinones del despacho, tan maravillosamente reconstruido, se apartaron de nuevo para dejar paso a la resplandeciente figura de la supuesta Selwyn, la estrella de moda, a quien rodearon en un instante felicitándola con calurosas frases de encomio.

Durante unos segundos fue verdaderamente imposible que se entendiera nadie, debido al atronador raído de voces y a la enorme confusión que se hizo en el centro mismo del lugar habilitado para el rodaje de la cinta.

Por entre las cámaras cinematográficas, rodeando el “plato”, y, sobre todo, formando apretado círculo en torno a la estrella, se había apiñado un sinnúmero de «personas, no ya pertenecientes a los estudios, sino también al pequeño grupo de invitados a presenciar el rodaje y el formidable trabajo de

las figuras que habían tomado parte en él.

Formando parte de este pequeño grupo figuraban varios oficiales del Ejército y la Armada de los Estados Unidos, compañeros, del artista que interpretó el papel de Fowler, el cual, alejado por la guerra de sus actividades artísticas, había aprovechado un corto permiso para trabajar en aquella cinta que lucieronle expresamente para que pudiera tomar parte en ella, no sólo para lucir sus magníficas condiciones de actor favorito del público de todos los países, sino también como propaganda bélica para el mercado europeo y sudamericano. En ella, y debido a su condición de jefe de la Armada, no tuvo necesidad de cambiarse de ropa y se había presentado ante el objetivo con el uniforme de la Marina de guerra norteamericana.

El barullo de tantas y tantas voces fue roto al instante casi de haber comenzado, por un grito de mujer. Los rostros se volvieron en la dirección que oyeran el grito, y vieron a una de las artistas, de los estudios que miraba con aterrorizados ojos hacia el lugar en que cayera Fowler.

Los grupos se deshicieron. Hubo un momento de pánico general que fue substituido por una actividad inmediata por parte de los hombres, quienes se dirigieron veloces al caído cuerpo del artista que continuaba en idéntica posición a como lo vieran durante el rodaje final de la escena.

Bastó sólo una mirada para comprender en el acto la magnitud de lo ocurrido en presencia de todos. Fowler, mejor dicho, el actor comodoro de la Armada norteamericana Ted Barry estaba muerto.

La bala que le dispararon por la espalda y que debiera haber sido simulada con pólvora sólo, había sido mortal para el infeliz actor, y en sus crispadas y lívidas facciones, como también en la expresión de sus mortecinas pupilas, se veía el asombro que le produjera aquella muerte inesperada que no pudo evitar, y la agónica cólera de impotencia que sintió en el último instante al saberse herido y no poder vengar su muerte

con la descargada pistola de reglamento que tenía en la mano.

El capitán William Tonne, del Ejército de Tierra, agregado al Estado Mayor, se abrió paso como pudo hasta llegar al grupo de hombres que rodeaban al comodoro. Era un tipo alto, rubio, de frente despejada y dominadores ojos. Traspuso las últimas filas y contempló durante unos instantes, la figura sangrienta del marino.

— ¡Cielos!—exclamó—. Lo han asesinado.

Estas palabras sacudieron a todos como si hubieran recibido una descarga eléctrica. El director de la cinta se incorporó de un salto.

— ¿Dónde está Ralf Duff?—preguntó con voz ronca que dominaba los murmullos.

Las cabezas se volvieron en una y otra dirección en busca del mencionado Ralf, sin que pudieran verlo. El director hizo una seña y, seguido por los militares y algunos de sus hombres, se lanzó a la carrera por los estudios hacia el cuarto del citado artista. Llegaron a él, golpearon, la puerta, y, al fin, cansados de esperar inútilmente a que se abriera para poder entrar, la forzaron con los hombros.

— Ralf Duff, el artista que debió interpretar el papel del desconocido agresor de Fowler, yacía sobre el suelo de su cuarto, atado como un paquete, con un pañuelo en la boca para impedir que gritase y perdido totalmente el conocimiento. En la base del cráneo se le veía una pronunciada equimosis, cuyos bordes sanguinolentos empapaban el cabello a ambos lados. Sobre una silla, el sobretodo empleado por el asesino, y el sombrero con que se cubriera.

* * *

— ¿Y bien?

El hombre que hizo la pregunta se echó hacia atrás en el sillón que ocupaba, mirando fijamente a los dos que tenía

enfrente.

Vestía de paisano, como uno de ellos, y en los rostros de ambos se reflejaba una voluntad de hierro y una inteligencia superior. El otro era un alto jefe de Marina, y parecía consternado.

—Lo que hemos podido averiguar es poca cosa, señor—repuso el compañero del marino—: Ralf Duff fue golpeado cuando iba a entrar en el cuarto que tiene en los estudios y no sabe nada. El cuerpo del comodoro se lo llevaron en una ambulancia, y espero los resultados de la autopsia. Quizá por la bala sepamos al menos con qué arma se le disparó. Para mí tengo que fue con una pistola de último modelo, y no me extrañaría saber que fue una de tres milímetros. Tomé relación de todo el personal que se encontraba en los estudios y la he traído conmigo por si la necesita. —Metió la mano en uno de los bolsillos y depositó unos papeles sobre la mesa. —Ahí la tiene.

Dejó de hablar y se quedó mirando a su interlocutor. Éste volvió la vista al marino.

—Dígame lo que sepa—pidió.

El militar se echó hacia adelante.

—Lo único que puedo decirle es que el comodoro Ted Barry recibió minutos antes de morir órdenes secretas de la flota del Pacífico para su pronta ejecución. En ellas se le ordenaba que se incorporase a la armada dándole datos sobre lo que tenía que hacer una vez embarcado. Dichas órdenes han desaparecido.

—¿Quiere usted decir...?

—Exacto—interrumpió el hombre que habló con anterioridad—. Los papeles, a que se refiere nuestro amigo no se le encontraron encima al comodoro. Como ya le hemos dicho antes, el asesino, una vez cometido su crimen, se inclinó sobre el cuerpo del difunto Barry manipulando en él y lo que todos cuantos presenciaron la escena supusieron una genialidad artística no fue otra cosa que un robo no menos

artístico y concienzudamente premeditado. El hombre no cabe duda que tiene nervios y no carece de inteligencia.

—Perfectamente. Así, pues, la muerte del comodoro resulta aclarada. Lo mataron para robarle las órdenes recibidas, y transmitir las al enemigo. Esto entra dentro de mi departamento y haré que se encargue del asunto un agente especializado. Permítanme un momento, por favor.

Se levantó del sillón que ocupaba y cogiendo la relación que había en la mesa salió por una puerta lateral del despacho en que se hallaban los tres hombres. Segundos, después estaba de vuelta.

—Bien—dijo, al entrar, tomando asiento—. Usted—añadió, mirando al marino—se pondrá en contacto con la escuadra para notificar la defunción del comodoro Ted Barry y que le substituyan. Las órdenes dadas que no se alteren por ahora hasta nuevo aviso, y usted—prosiguió, dirigiéndose al otro hombre— haga que su gente vigile los movimientos de cuantos considere de interés y téngame al tanto de lo que averigüe. Que sean bloqueadas las estaciones y las carreteras y en los puertos y aeródromos que se observe la salida de viajeros, por si alguno fuera sospechoso o lo pareciese y... sobre todo, y esto es lo más interesante, que se sigan los pasos de cuantas personas allegadas al comodoro pudieran haberse enterado de que éste iba a recibir una orden o vieron que la recibía. ¿Comprendido?

Se había levantado de nuevo y tendía sus, manos que los visitantes se apresuraron a estrechar. Segundos después se hallaba solo en el despacho.

Fue hacia la mesa y descolgó el teléfono acercándose el auricular al oído.

La comunicación se estableció rápidamente y una voz cansada silabeó:

—Diga.

—Teme nota y que cursen inmediatamente este radiograma.

Esperó durante unos segundos y, al cabo de ellos, dictó:

“Me encuentro mal. Necesito que vengas. Avisa llegada.”

— ¿Firma?

—La de costumbre.

— ¿Dirección?

—Ficha 40.

—Está bien.

Se oyó el "clip" del auricular al ser colgado. El hombre volvió a dejarse caer en el sillón y poco después parecía muy entretenido saboreando un cigarrillo de marca, mientras sus ojos brillaban bajo las hirsutas cejas.

* * *

William Tonne descendió del auto a la puerta de su domicilio. Abrió aquélla con el llavín y a poco subía la escalera dirigiéndose a sus habitaciones. Al llegar a la entrada abrió de nuevo y cuando iba a dar la vuelta al conmutador de la luz una voz le detuvo.

—No encienda, capitán. Pase y cierre. Podrían vernos.

La mano que se llevó Tonne en busca de la pistola quedó quieta a la mitad del camino. Había reconocido al que hablaba.

Cerró la puerta tras él, permaneciendo apoyado de espaldas en la ancha hoja de madera, mientras trataba de que sus ojos se habituasen a la obscuridad que allí había.

— ¿Tiene eso?—preguntó la voz.

—Sí, ¿cómo ha entrado?

Una risita sardónica brotó del interior de las habitaciones.

—Puede imaginárselo, Tonne. —Y añadió, al cabo de unos segundos durante los cuales no cesó de oírse el gorgoteo de la risa: — ¡Buen trabajo el suyo! Eso le acredita y tendrá la

recompensa que se merece. ¿Cómo se enteró de que Barry...?

—Estaba a su lado cuando le entregaron el mensaje. No tuve que quebrarme mucho la cabeza para encontrar la forma de hacerme con él. Todo me lo dieron hecho. La escena que iba a representar... el ataque de que le hacían objeto... las luces apagadas...

—Bien. ¿Qué hizo del arma?

— ¿El arma? La dejé dentro de un cubo de hielo en el bar de los estudios una vez que la hube limpiado cuidadosamente. Tendrán trabajo si quieren encontrar huellas.

— ¿El mensaje?

—Lo llevo conmigo... Tome

Alargó la mano en la oscuridad entregando unos papeles que se sacó del bolsillo interior de la guerrera.

Otra mano se los arrebató y la voz misteriosa se volvió a oír.

—Convendría que hiciera algo, Tonne. Me refiero a que sería conveniente para usted que descansara una temporada. ¿Por qué no solicita un traslado?

— ¿Dónde?

—A la India. Según noticias se está formando o se va a formar un ejército de voluntarios en aquella zona al mando de un general inglés. Necesitamos un hombre que se ponga en contacto con los agentes nipones y nadie mejor que usted para el caso. Alemania necesita de sus servicios y el “Führer” soldados de su talla. ¿Qué me dice?

—Solicitaré el voluntariado a la India—rió durante unos segundos— ¡Creí que me iban a conceder unas vacaciones! —exclamó.

—En realidad lo son, aunque no lo parecen, Tonne; por otra parte, conviene que se aleje de los Estados por una temporada y que se olviden ciertos hechos. ¿Ha visto si le seguían cuando llegó?

—Nadie en absoluto. Cuando me apeé del auto, la calle estaba más sola que nunca. Dígame: ¿cómo me pondré en

contacto con los agentes de la India?

—Hemos transmitido órdenes y le aguardan ya. En los hoteles donde se hospede y en el campamento al que sea llevado, pregunte invariablemente por Tim Link, el “sargento Tim Link”.

—No lo olvidaré.

— ¿Quiere abrirme la puerta?

El capitán Tonne hizo lo que le pedían y la sombra del desconocido pasó por ella rápidamente, perdiéndose por el pasillo, con dirección a la escalera. Atravesó el portal y salió a la calle. En ésta le esperaban dos hombres, quienes se colocaron junto a él antes de que hubiera podido verlos. Quiso meter la mano en el bolsillo, pero no le dieron tiempo para ello. Le sujetaron con fuerza y un automóvil fue a detenerse junto al bordillo con las luces apagadas. Le empujaron dentro y el coche se puso en marcha con un imperceptible ronroneo del motor.

* * *

El timbre del teléfono sonó estrepitosamente.

El hombre que fumaba el cigarrillo cogió el auricular.

—Hablen.

—Comunica Wren, jefe. Tenemos los documentos que le quitaron al comodoro. Pillamos a nuestro hombre cuando salía de casa del capitán Tonne y no le dimos tiempo para que echase mano a la pistola.

— ¿Ha declarado?

— ¡Humo, jefe! No ha declarado ni declarará. Cuando más distraídos estábamos se metió un comprimido en la boca y ha muerto. Cianuro parece ser que era.

Siguió un silencio. Al fin, la voz del que hablaba se oyó otra vez.

— ¿Qué hacemos con el capitán, jefe? La casa está rodeada y si usted quiere...

—No; es mejor que lo dejen por ahora, pero sin perderle de vista. Vamos a darle cuerda hasta que se ahorque. Vigilen estrechamente y póngame al corriente de lo que haga. Necesitamos acabar de una vez con el grupo a que pertenece y únicamente llegaremos a él si le dejamos libre. Tiempo habrá para que nos pague la muerte del comodoro.

Colgó el auricular y continuó fumando en silencio, mientras se entretenía en trazar rayitas con un lapicero sobre el papel que se veía encima de la carpeta.

CAPITULO II

Un mosconeo constante formado por múltiples voces distintas sorprendió al capitán William Tonne al apearse del *taxi* que le condujo al Gran Hotel. Desde que llegó a la India y sobre todo desde que llegó a la capital bengalí, Calcuta se le había antojado un hervidero de gentes que parecían solazarse con no hacer nada. Bien es verdad que la proximidad de la guerra parecía haber ejercido cierto influjo en el ánimo de los habitantes y que las tropas del ejército inglés no eran ajenas por completo a aquella transformación que se observaba. Diríase que los nativos indostánicos, los mestizos, los portugueses y hasta los residentes británicos en Bengala, sentían el deseo de agitarse continuamente sin plan ni objeto determinado.

Las calles se veían pobladas de turbas astrosas con turbante blanco y ojos como la noche, mujeres esqueléticas con albos velos y multitud de pulseras, chiquillos desnudos que parecían negros a fuerza de ser cobrizos, soldados del imperio británico con calzón corto y casco blanco, funcionarios coloniales de impecable elegancia y “djoghis” o faquires de una delgadez extremada hasta el límite, que parecían ir a quebrarse al menor descuido.

La nota de color la daban los *psawalla's* o encantadores de serpientes con sus cestos cargados de reptiles venenosos que

exhibían sin cesar ante numerosos grupos de espectadores.

Apartando a un lado sin miramiento alguno a cuantos le estorbaban, penetró en el interior del Hotel donde una multitud enorme se aglomeraba en el formidable vestíbulo. Rehuyendo los obsequiosos ser vicios de los domésticos hindúes de levitón blanco, faja roja y turbante, se dirigió al mostrador.

En el mejor inglés preguntó al encargado, que se le acercó con una sonrisa servil, afanoso de ganar unas rupias.

— ¿Sabe si ha llegado el sargento Tina Link?

El indostánico movió la cabeza negativamente.

—No, señor; no ha llegado.

Tonne depositó una moneda en la mano del empleado del hotel y se retiró hacia uno de los salones para hacerse servir algo fresco con que humedecer la garganta.

Un soldado inglés, alto, moreno, bien constituido, de agradables facciones y soñadores ojos, levantó la cabeza un segundo para contemplar al arrogante oficial norteamericano. Luego hizo una seña al bengalí, quien se le acercó solícito.

— ¿Por quién ha preguntado el capitán? Me pareció entender...

El indostánico sonrió comprensivo.

—Por el sargento Tim Link, señor; desde que llegó ayer no hace más que preguntar por ese hombre. ¿Es amigo suyo?

—No, pero creo haber oído pronunciar ese nombre en algún sitio. Gracias.

Se apartó del mostrador y con flexibles pasos se dirigió hacia el lugar donde vio a Tonne que se introducía.

El capitán se hallaba sentado a una mesita fumando y bebiendo de vez en vez un té frío. A su alrededor, en las mesas cercanas, tomaban asiento militares y paisanos en abigarrada confusión y mezcla. Hízolo él acomodándose junto a una que halló libre no lejos del capitán, y se distrajo durante unos instantes para solicitar del criado indígena algo fresco para combatir el calor.

Tonne miraba a un lado y a otro observando sin cesar y sin que pareciese que lo hacía. Nadie reparaba en él. De pronto, el criado que le sirvió apareció a su lado sin que hubiera podido saber cómo, debido a la suavidad con que se escurría con los pies descalzos por el pavimento.

—Señor—dijóle casi al oído, encorvándose en sumisa reverencia—. ¿Preguntaba usted por el sargento Tim Link?

El capitán se volvió como si le hubiera mordido una serpiente. Por un segundo miró al indostánico» que le contemplaba con unos ojos que parecían carbones encendidos, mientras sonreía con lacayuna humildad.

—Sí—repuso clavando en él sus pupilas.

El criado volvió a inclinarse de nuevo.

—Permita le diga que hay un señor que dice conocer a ese sargento.

— ¿Quién es?

El indostánico se volvió señalando con la barbilla hacia un punto de la sala.

—Aquél, señor—dijo.

Un hombre embutido en blanco y ligero traje de hilo sonrió al capitán desde la mesa en que se hallaba. Tonne correspondió a la sonrisa. Se dirigió al criado.

—Pregúntele si quiere aceptar compartir mi mesa. Me agradaría, charlar con él.

Acompañó la petición al bengalí con unas monedas que depositó en la mano que codiciosamente se tendió para aceptarlas. Una sucesiva repetición de reverencias y el criado se alejó para llevar el mensaje.

Transcurrieron unos segundos y Tonne alzó de nuevo la cabeza. El hombre aquel se le acercaba. Era un tipo bajito, rechoncho, de cara morena y pelo negro. Se aproximó andando con cortos pasos haciéndose aire con un abanico de papel.

—Perdón—dijo al llegar a la mesa, en un inglés bastante deficiente—. Me llamo Sousa, señor, y soy comerciante

establecido en la India desde hace tiempo. ¿Permite que me siente a su lado?

—Encantado, señor Sousa — replicó Tonne, al tiempo que le brillaban los ojos.

Por un instante se contemplaron ambos con fijeza. Al fin, Sousa bajó la voz para decir:

—Según mis informes, llegó usted ayer a Calcuta, ¿verdad?

—Exacto. Llegué ayer.

— ¿Bueno el viaje desde los Estados?

—No puedo quejarme.

— ¿Halló algún inconveniente para el traslado a la India?

William Tonne sonrió. Sousa estaba perfectamente enterado y su información completa.

—Ninguna—dijo—. En el Estado Mayor no me pusieron inconvenientes. Hasta creo que vieron mi decisión con agrado.

—Mejor. ¿Cuándo piensa reunirse al ejército inglés?

—Espero órdenes.

— ¿De quién?

—Del mando militar, naturalmente. Mi presentación a las autoridades la efectué ayer mismo.

—Bien. ¿Sabe de lo que se trata, capitán Tonne?

—Tengo entendido que se está formando un ejército de comandos al mando de un general inglés de nombre famoso en la Arabia y Etiopía. ¿No es esto?

Sousa sonrió, dejando ver su blanca dentadura.

—No le han informado mal, capitán Tonne. En efecto, de eso se trata.

— ¿Y bien?

—Por ahora basta que nos hayamos conocido. Posiblemente no nos volvamos a ver hasta que termine la guerra, pero, no obstante, si nos encontramos de nuevo, no me salude. Todas las precauciones son pocas, ¿comprende?

—Me parece bien. ¿De quién recibiré órdenes?

—Mías a través de una tercera persona. Usted servirá de enlace con nuestros aliados japoneses valiéndose para ello de

un soldado birmano, que se le unirá en el campamento a que le destinen. ¿Conoce usted el idioma nipón, capitán Tonne?

—De una manera imperfecta, pero lo suficiente para hacerme entender.

—Magnífico—se incorporó Sousa en su asiento, a la vez que tendía una mano gordezuela a su interlocutor—. He tenido un verdadero placer en conocerle, capitán. Mañana, según noticias, saldrá usted de Calcuta para incorporarse al ejército. Si vuelve por aquí no deje de preguntar en el hotel por el “sargento Tim Link” y tendré muchísimo gusto en saludarle.

Se levantó de la silla y se alejó de Tonne sin dejar per un solo instante de hacerse aire con el abanico de papel.

El capitán permaneció durante un buen rato fumando pensativo, mientras sus ojos recorrían los distintos rostros que tenía a la vista. Luego se alzó de la mesa y decidió dar una vuelta por la ciudad en tanto que llegaba la noche.

Con perezoso andar atravesó el salón saliendo a la calle en el momento mismo en que el soldado inglés que tomó asiento no lejos de su mesa se levantaba con cierto aire de fastidio reflejado en la cara y seguía sus pasos hasta la puerta.

Tonne mandó que le buscaran un *taxi* y el soldado hizo lo propio. El capitán subió al vehículo que le trajeron y cuando el soldado le iba, a seguir en el, coche que terminaban de procurarle, una mano se posó en su hombro y una voz conocida dijo, con visibles muestras de contento;

— ¡Caramba, Smith! ¿Dónde te has metido? No hay forma de echarle la vista encima.

Smith, con la mano en la portezuela del *taxi*, se volvió. Dos soldados de la misma nacionalidad le contemplaban sonrientes y el que le detuvo parecía satisfecho de ello. Se libertó de él y, a la vez que se metía en el interior del auto y hacía señas al chófer para que arrancara, repuso en tono jovial, mientras insinuaba un amistoso ademán de despedida:

—Os lo contaré luego, Jack. Ahora tengo prisa. Me está

esperando mi pobrecita novia.

Esbozó el llamado Jack un gesto de asombro para prorrumpir en una estruendosa carcajada. Luego, mientras el *taxi* se perdía a lo lejos, se volvió a su compañero para decir:

—Este Smith es célebre. Jamás he visto a otro que tome la vida tan en broma. Como algún japonés caiga en sus manos nos vamos a reír de lo lindo.

* * *

El tren militar se formó temprano y los andenes aparecían atiborrados de bagajes de campaña. Los soldados iban de un lado a otro de la estación llamándose a gritos por entre el inmenso gentío que se había aglomerado para verlos marchar. Las voces de mando de los oficiales encargados del transporte de tropas apenas si se oían y los silbatos de los pitos de órdenes no tardaron en dejarse oír. Al punto se generalizaron las carreras y el tren se llenó en un instante. Por las abiertas ventanillas asomaban rostros y más rostros que sonreían a la población civil que se reunió para despedirles.

En una de las ventanillas y colocado convenientemente, el capitán William Tonne miraba la multitud que se apiñaba a lo largo del convoy. De pronto, sus ojos descubrieron un rostro conocido. Sousa, con el abanico de papel en la mano y una sonrisa bonachona en los labios breves, estaba frente a él mirándole con fijeza.

Tonne clavó en él la vista un segundo y al ver que el hombrecillo no parecía reconocerle, sonrió mientras se llevaba el cigarrillo a la boca y cambiaba la dirección de sus miradas.

El tren traqueteó unos minutos y el pito de la locomotora hendió los aires con agudo silbido. Un grupo de soldados irrumpió en el andén con su impedimenta a hombros. La multitud abrió paso para dejarles llegar a los vagones y por el estrecho pasillo que se formó corrieron aquéllos alentados por los gritos que les daban sus compañeros de armas.

Un soldado, quizá más torpe o jactancioso, arremetió como un ariete sobre la multitud tratando inútilmente de abrir brecha. En su furiosa acometida casi derribó a Soriza, quien se volvió iracundo al soldado; éste murmuró unas palabras de excusa y farfullando sin cesar retrocedió de nuevo buscando el estrecho pasillo que amenazaba cerrarse de un momento a otro.

Antes de penetrar en él lanzó una rápida mirada a dos hombres que parecían divertidos por su torpeza y éstos sonrieron a la vez, como si realmente les hubiera hecho gracia. Luego continuó avanzando abriéndose paso con los codos con terrible precisión e ímpetu hasta lograr subir al estribo de uno de los vagones.

Ya en él se acomodó lo mejor que pudo agarrándose para no caer se volvió de cara. Era Smith. Paseó sus miradas por entre el gentío hasta ver lo que quería. Los dos hombres que se le burlaron se hallaban en el mismo sitio, pero no quitaban ojo de Sousa, quien proseguía haciéndose aire con el abanico.

El tren se puso en marcha, y cuando se hubo perdido a lo lejos, la multitud comenzó a despejarse.

Sousa, con su tipo meridional y su abanico de papel, abandonó la estación negligentemente, sin prisa, sonriendo con los ojillos entornados en los que brillaba una chispa, de maliciosa inteligencia.

Detrás de él y charlando animadamente, con aspecto bobalicón pero con la vista alerta, caminaban los dos hombres sin que al parecer se hubiesen fijado en que seguían los pasos, del honrado comerciante de Calcuta.

CAPÍTULO III

Tonne apartó los ojos del enorme lagarto de lengua cola que parecía bifurcada por la raya que formaban las escamas en el centro para contemplar al hombre que a él se dirigía.

—A sus órdenes, capitán.

Correspondió al saludo.

El que terminaba de hacérselo miró receloso a un lado y a otro y se dejó caer en el suelo junto a Tonne.

Éste esperó unos instantes.

— ¿Qué hay, Kutaka?

El mencionado, un tipo birmano enfundado en el uniforme de los soldados del imperio, volvió a lanzar miradas en torno, antes de contestar a la pregunta.

—Esta noche.

— ¿Esta noche?

—Sí.

— ¿Estás dispuesto?

Kutaka dejó ver sus negros, dientes con una sonrisa.

—Perfectamente—siguió Tonne—, Te daré un papel en el cual va en clave el número de fuerzas y el material de que disponemos. Si por una casualidad te mataran los japoneses antes de que hubieras podido ponerte en contacto con ellos, nada se habría perdido. Trataría de hacerles llegar un nuevo parte. Y de igual forma, si cayera yo, la información está en

tus manos y puedes servirte de ella. ¿Sabrás orientarte en la jungla?

—Kutaka es birmano, señor—dijo su interlocutor, brillándole las pupilas.

—Conforme. Conviene que no te separes de mí en lo posible, por si te necesitase en algún momento y hasta que no nos hayamos internado lo suficiente no te marches. Siempre habrá tiempo para ello en la selva y podrás hacer gran parte del recorrido sin carecer de nada.

Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un papel que entregó al birmano; éste se apresuró a ocultarlo en el suyo y poco, después se alzaba de la hierba, hacía un profundo saludo militar y se alejaba de Tonne.

En el mismo instante se separaron las ramas a espaldas de ellos y el rostro de Smith asomó con una dura sonrisa en los labios.

Contempló durante unos segundos a Kutaka hasta que le vio perderse en la selva y luego centró sus miradas en el capitán.

William Tonne se alzó despacio, encendió un pitillo y andando sin apresurarse se dirigió al campamento.

Como un reptil se arrastró el soldado tras él. Le vio cruzar un cauce seco, luego un claro y, por fin, perderse entre los árboles. Durante cierto tiempo permaneció Smith en la misma posición sin atreverse a levantar la cabeza más de lo preciso. Luego retrocedió, trazando un ancho círculo sin dejar de ocultarse, avanzando cuanto podía en el mayor silencio. Cuando se hubo convencido de hallarse solo, se puso de pie. Su rostro volvió a adquirir la expresión de fastidio de siempre y sus ojos parecían sumidos en la contemplación de un punto lejano que se perdía a través de la selva.

Con flexibles pasos se fue acercando al campamento militar sin tratar de ocultarse. Algunas canciones llegaron hasta él y creyó percibir el tañido de una gaita. El grupo de escoceses que había en el ejército, se divertía a su modo. No

tardó en llegar a ellos. La escena que se le ofrecía a la vista le cautivó como tantas otras veces.

Los “Chindits”^{1}, como les llamaba el general Wingate, se hallaban en plena jungla. Bajo gigantescos bambúes, banianos y cocoteros, entre la intrincada maleza compuesta por grupos de helechos arborescentes, plantas trepadoras, lianas, palmas y verde y robusta hierba, descansaban las unidades de asalto cuidadosamente preparadas para entrar en acción.

Allá, en el centro casi, se veía una tosca tienda de campaña y tendido junto a ella, en el suelo, a. un tipo alto y fuerte, de facciones angulosas, nariz delgada, boca firme, mentón agresivo, ojos azules y cabello rubio. Llevaba puesta una camisa de monte, usada hasta el límite y no en mejor estado los pantalones de pana. Cubría su cabeza con un casco antiguo y se entretenía en escuchar un disco de gramófono que llevaba impreso “El aprendiz de brujo”, de Dvorak.

Era el general Orde Charles Wingate, el hombre que entró en Addis Abbeba en mayo de 1941 sobre un magnífico caballo blanco al lado de Haile Selassie, Rey de Reyes y Negus de Etiopía.

Smith sonrió otra vez y siguió avanzando. La figura del capitán Tonne se le apareció de pronto junto a otros oficiales y les vio reír y hablar regocijadamente. Un poco apartado de ellos, Kutaka tenía puesta la vista en la selva.

— ¡Smith!

El joven se volvió.

Jack iba hacia él corriendo; Se había alzado de un grupo de soldados que formaban círculo, para acercársele;

— ¡Chico! — exclamó, apenas estuvo ante él—. ¿Dónde te metes?

—Por ahí.

— ¡Ya, ya me lo figuro!—se volvió a sus compañeros para decir, sonriente: — ¿Habéis oído? Dice que se mete por ahí como si el meterse por “ahí” fuera tan fácil como andar por las calles de Londres.

Arrugó el ceño y poniéndose en jarras preguntó a Smith:

— ¿No irás a decirme que has estado cogiendo cocos?

—Pues... sí. He estado cogiendo cocos para enviárselos. ..

—A tu pobrecita novia, ¿verdad?—cortó Jack, risueño, mientras golpeaba al joven en las espaldas.

—No lo querrás creer, pero así ha sido. Además, me he pasado la mañana ingeniándomelas para hacer el envío a las islas, tan pronto como pueda, y casi tengo solucionada la forma de hacerlo. Todo depende de que queráis ayudarme.

— ¡Claro que sí! ¿Por quién nos has tomado?

Se habían acercado los dos al círculo y se dejaron caer juntos sobre la hierba.

Durante unos minutos, los rostros de los soldados que allí se encontraban miraron a Smith, esperando que éste hablase. Al fin, uno de ellos, dijo:

—Bueno, ¿qué esperas? ¿Puede saberse lo qué quieres de nosotros?

—Poca cosa, en verdad. Se trata, simplemente, de que cada uno de vosotros cargue con un coco y me lo entregue al final de la campaña. ¡Como yo solo no podría con la cantidad que he calculado!...

— ¡Pero, hombre!—saltó Jack—. ¿Con cinco o seis cocos que podríamos darte, qué pensabas hacer?

— ¡No!—se apresuró a replicar Smith—. No se trata de cinco o seis cocos. Pie dicho que cada uno de vosotros podía coger uno y... al decir cada uno de vosotros me refiero, naturalmente, a todos los que componemos el ejército. Es una gran idea y espero que lo comprenderéis así. ¿Qué os parece?

— ¡Pobrecito!— exclamó el que hablara antes. — Se conforma con poco. Un coco por cabeza y...

—Oye, Smith, ricura—dijo Jack, con patético acento mientras guiñaba al soldado que tenía más cerca—. ¿Has hecho esta proposición a los jefes y oficiales? Sería una lástima que no estuviesen de acuerdo con tu idea, ¿no crees? El sistema de transporte me parece de lo mejor que he oído y

supongo que harías un verdadero negocio si lo llevásemos a efecto. ¿Quieres que diga algo al comandante por si considera, interesante la cosa?

— ¿Sí ?—preguntó, con fingida cara de inocencia Smith.

— ¡Ya lo creo! A lo mejor le eres simpático y...

—Te ordena—concluyó otro, interrumpiéndole— que vayas cogiendo un coco para cada uno. No te sería muy difícil la tarea, si como dices has hecho ya tus cálculos.

—Y de esa forma—terminó Jack—cuando volviésemos de zurrar a los japoneses es, posible que aun te encontráramos subido a les árboles.

—Es una pena que no me hayáis comprendido—se quejó el joven, con simulada amargura—. Está visto que habré de pasarme sin vosotros.

Intentó levantarse, pero Jack le retuvo por un brazo.

— ¿Dónde vas? ¿Quieres que te acompañe a ver al jefe?

—No, gracias. Prefiero no hacerlo por ahora. Estoy muy nervioso y...

— ¡Claro, claro! Se ve en seguida. Los cocos se te han subido a la cabeza y posiblemente no puedas dormir con tanto peso... ¿Tienes sulfathiazol? ¿O prefieres una aspirina? A lo mejor te hacen falta.

—Ya veremos. Si no se me quita de aquí a dos horas es posible que vaya a buscarte. Será prueba de que mi cabeza rige como la tuya y necesitaré que me digas lo qué haces con ella, para mantenerla durante tantos años sobre los hombros.

— ¿Quieres decir que mi cabeza...?

— ¡Oh!—exclamó Smith, levantándose y mirando a su amigo con asombrados ojos—. ¿Pero llamas cabeza a ese diamante en bruto? Jack, te desconozco. Es la primera vez que oigo llamar cabeza a un trozo de cuarzo.

Jack hizo por levantarse para golpear a Smith, pero éste se le anticipó. Se abalanzó sobre él y entre las risas y bromas de los soldados le zarandeó de lo lindo durante unos minutos terminando por meterle en la boca un puñado de hierba.

Luego se alzó y llevándose la mano a la amplia ala del sombrero con que se cubría, dijo, a modo de saludo:

—A la orden, jefe; el campo es suyo y puede comer lo que le plazca.

Coreado por las risas de los soldados y por los gruñidos de Jack, se alejó de ellos, acercándose a otro grupo. Ya en él, prestó mayor atención en vigilar al capitán Tonne, que se había acercado de nuevo a Kutaka, al parecer para ordenarle algo, pero en realidad para hablar con el birmano disimuladamente. Vio como éste saludaba, marchándose momentos después, mientras el capitán se dejaba caer sobre la hierba y encendía un cigarrillo.

Smith examinó sus armas.

El machete que le colgaba a la cintura, estaba en perfecto uso y con el filo corno el de una navaja barbera de primer orden. El fusil de repetición inglés, parecido al “Gerand M-I” norteamericano, se hallaba en perfectas condiciones, y la brújula de bolsillo funcionaba a las mil maravillas.

Sonrió. Kutaka, a pesar de lo que habló con el capitán Tonne, no llegaría a su destino, a poco que él se lo propusiese.

* * *

Se incorporó de un salto.

El campamento se ponía en pie como un solo hombre y como un solo hombre se deslizaba minutos después por la selva, igual que una larga serpiente.

Mientras se colocaba el equipo miró entre las sombras, hasta distinguir al capitán. Le vio hablando nuevamente con Kutaka, y sospechó que estarían ultimando detalles. Se arrastró hasta ellos. Por todas partes los “Chindits” se afanaban en los preparativos, y nadie pareció darse cuenta de lo que a su alrededor sucedía. Apoyado en el tronco de un bambú, esforzóse en oír...

Hablaba Tonne.

— ¿Irás a Mandalay?

—Sí.

— ¿Está allí el cuartel general?

Kutaka afirmó con la cabeza.

— ¿No te confundirán los japoneses?

—No, capitán; el comandante nipón sabe la contraseña.

—“Birmania”, no la olvides.

Nuevo movimiento de cabeza por parte de Kutaka.

— ¿Recuerdas el nombre de la persona a quien tienes que presentarte para entregarle eso?

—Takamori.

—Bien. En marcha y... ¡buena suerte!, por si no nos volvemos a ver.

—Hasta pronto, capitán Tonne.

El birmano hizo un saludo y se alejó en busca de su equipo.

Smith no le perdió de vista y disimuladamente se unió a un grupo que con aquél iba.

La marcha a través de la selva duró gran parte de las primeras horas de la noche. El ejército se movía rápidamente, y a pesar del ruido que hacían los soldados, los caballos, los mulos, los elefantes cargados con obuses, antiaéreos, botes plegadizos y aparatos de telegrafía, como también los carros cargados de material bélico, ametralladoras, fusiles, granadas y municiones.

Finalmente llegaron a las orillas del Chindwin y se detuvieron. Los hombres recibieron la orden de desnudarse para cruzar a nado los ochocientos metros de ancho del mencionado río, mientras el material se pasaba en sampanes, botes de caucho y canoas.

A la cabeza de cada una de las ocho columnas de que se componía el ejército, iba una jauría de perros enseñados a olfatear el rastro de los japoneses, y fueron los primeros en echarse ah agua. Después lo hicieron las tropas.

Smith, con el agua al cuello y fija la vista en el hombre que

nadaba delante de él, mantenía un braceo constante. De buena gana hubiera empleado el *crawl* si hubiese dispuesto de los dos brazos, pero uno de ellos lo tenía inservible, por llevar en él, por encima de la cabeza, la ropa que se quitó junto con las armas para evitar que se mojasen.

Al llegar a la orilla opuesta se apresuró a ponerse la camisa y los pantalones y a calzarse los zapatos de deporte con suela de caucho de que iba provisto el ejército.

Examinó el interior de la mochila. Su ración de paracaidista para seis días no había sufrido deterioro. Se puso el sombrero australiano, echándose el mosquitero por cara y nuca, y jugó el cerrojo del fusil. Todo en orden.

Echó a andar siguiendo los pasos de Kutaka y del grupo que se le había unido.

No se habían internado mucho en la jungla, cuando oyeron los primeros tiros. Los japoneses estaban allí. Por unos momentos se olvidó de Kutaka, para pensar sólo en el enemigo que tenía cerca.

Silbaban las balas de ametralladora y les hacían fuego de mortero; se oyeron las primeras bombas de mano y el característico disparo del “arisaka”, el fusil japonés. Smith echó a correr hacia adelante. Necesitaba acción, y el enemigo iba a proporcionársela.

Una sombra surgió a su derecha, interponiéndose en su camino. Era un soldado nipón, quien con sus oblicuos ojos parecía sonreír siniestramente. La sonrisa se le apagó en el acto. El joven disparó a toda velocidad y el japonés dio un aullido, mientras, se llevaba las manos al pecho, dejando caer el arma. Saltó por encima de él y continuó la carrera. Desde un macizo herboso les hicieron fuego de ametralladora, y Smith vio caer a algunos camaradas suyos. Un rugido se le escapó del pecho. Miró a su alrededor. Jack, con una bomba de mano fuertemente sujeta entre los dedos, estaba junto a él.

—Va por ti, muchacho—dijo, al tiempo que la lanzaba con todas sus fuerzas.

Una explosión, y apenas ésta se dejó oír corrieron como gamos hacia el nido de ametralladora. Cuatro japoneses les salieron al encuentro.

Smith y Jack cayeron sobre ellos como fieras y los machetes se hundieron en la carne una vez y otra. Se miraron y sonrieron.

— ¿Qué te parece, Smith? No son tan peligrosos como dicen.

El joven iba a contestar, pero en aquel momento se acordó de Kutaka y volvió la vista.

El birmano marchaba delante de ellos, resguardándose en las sombras y amparándose en los troncos de los gigantes árboles, no sin que lanzara miradas continuamente a su alrededor, como si temiera algún ataque inesperado que no pudiera repeler.

Aun no le había visto el joven disparar su fusil, y sonrió interiormente al comprender las causas de aquel comportamiento, que a cualquier otro pudiera parecerle extraño. Luego le vio adentrarse en la selva, y, decidido a no perderle, echó a correr tras él.

A sus espaldas oyó la voz de Jack llamándole. Más tarde le pareció escuchar pasos, y la fatigada voz del soldado sonó a sus oídos.

— ¡Demonio, Smith! ¿Tanta prisa tienes? Espera, hombre, espera; aun no se han acabado los japoneses, y supongo que quedará alguno para que puedas ejercitarte un rato al tiro, si no prefieres terminar con él a machetazos.

El joven volvió la cabeza y sonrió a su camarada. Era un verdadero valiente aquel hombre, de lo menos treinta años, reclutado en el norte de Inglaterra, como casi todos y como casi todos los que componían el ejército, aparte de los gurkas y birmanos, casado y con hijos.

—Ya lo sé, Jack—replicó, sin dejar de avanzar al encuentro de Kutaka—. Es que quiero ver si puedo entenderme con ellos para explicarles lo de los cocos.

¡Quién sabe si se prestarían a hacerme ese favor!

— ¡Oye! No es mala idea. Te ayudaré en las explicaciones con los primeros que tropecemos.

Avanzaron juntos. Los disparos se iban haciendo menos intensos. A la izquierda del río rugían los cañones y de cuando en cuando sonaban descargas, explosiones y el rápido tableteo de las ametralladoras. La columna proseguía su marcha, adentrándose en la selva. Delante se oían los ladridos de los perros, que descubrían inexorablemente a los soldados del Mikado mucho antes de que éstos se preparasen a la defensa inutilizando por completo sus sorpresas y emboscadas.

La noche era oscura y la luna se asomaba fugazmente por entre las altas ramas de los árboles. El calor había cesado y la frondosa vegetación rezumaba humedad. Dejaron atrás las avanzadillas japonesas, cuerpos sin vida tirados en la hierba con trágicas posturas y vidriados ojos. Restos de casamatas, zanjás breves cubiertas de hojarasca, donde trataron de cubrirse los nipones y que ahora les servían de tumbas. Otros aparecían al pie de copudos árboles, entre cuyas ramas ejercieron de vigías y tiradores, cazados desde abajo como si fueran pájaros nocturnos.

La columna continuaba su avance sin interrupción. La orden era avanzar, avanzar siempre sin dar tregua ni reposo.

Smith y Jack, formando pareja, pero caminando a unos pasos el uno del otro, seguían con el fusil dispuesto y la mirada vigilante, tratando de ver en la espesura. Kutaka, delante de ellos con oíros soldados, se deslizaba por la selva como si fuera una serpiente. Nada parecía pasar inadvertido a su vista de águila. Jamás se le veía sobresaltarse por un perceptible movimiento de hojas causado por el viento, por las alimañas o por los reptiles. En más de una ocasión golpeó con la culata del fusil a algo que en las sombras parecía una gruesa rama de árbol ligeramente caída, y que resultó ser un ofidio que se apresuraba a desaparecer entre la maleza.

Caminaron toda la noche sin detenerse, en una marcha

fatigosa para otros que no hubieran estado tan entrenados como ellos. Los meses de preparación de que les hicieron objeto antes de lanzarse a tal aventura daban ahora su fruto. Entraron en un terreno cubierto de charcas verdosas a la luz de la luna que se filtraba por el ramaje. Cada vez más lejanos se oían algunos disparos sueltos y el estruendo del cañón. Al fin, de madrugada, la columna hizo alto.

Smith y Jack se dejaron caer sobre la hierba.

—Bien; ¿qué te parece? A este paso, si no damos con los japoneses no tendrás más remedio que renunciar a tu proyecto. Y es lástima, porque los cocos se venderían bien en Londres.

— ¡Bah!—repuso Smith—. Aun no es tiempo para que deseche la idea. No sé por qué imagino que tendremos más japoneses que queramos.

Los oficiales iban por los grupos inspeccionando a la gente. Se hacía el recuento de pérdidas y se daban órdenes. Sólo podían disponer de unas horas de descanso, y estaba prohibido afeitarse con el fin de no restar tiempo al reposo.

Se montaron las estaciones de radiotelegrafía y se comunicó en clave con las otras columnas, estableciendo el contacto. Los soldados procuraban no hablar de los compañeros caídos, muertos o heridos abandonados durante la marcha. No se podía pensar en transportar a ninguno de ellos, y cada cual sabía lo que le esperaba de verse en un caso semejante. Había que ganar al enemigo en movilidad y rapidez, y con heridos o enfermos no lo hubiesen logrado.

Apenas si Smith cerró los ojos cuando los volvió a abrir. La columna se ponía nuevamente en marcha. Levantaron el campamento. La primera avanzadilla perdíase ya en la selva, y los perros husmeaban sin cesar venteando el aire. El joven cambió una mirada con Jack, que parecía, haber dormido a pierna, suelta.

—Qué, ¿has dormido?

—Como en el mejor colchón. ¿Y tú?

—Parece que me voy acostumbrando...—confesó Smith.

—Si quieres, puedes quedarte un poco más. Te recogeré a la vuelta.

—Gracias, Jack; no quiero que te molestes.

Miró a su alrededor. El capitán Tonne y Kutaka estaban juntos. Emprendieron la marcha. A medida que se adentraban en la selva se movían los hombres con mayor cuidado y recelo. Unos miraban a lo alto tratando de descubrir a los japoneses entre las ramas de los frondosos y gigantescos árboles como si fueran monos; otros barrían la maleza con sus machetes, observando de continuo. Smith y Jack, conservando la distancia de la noche anterior, proseguían su avance.

Kutaka iba al lado de un soldado inglés delante de ellos y parecía no fijarse en nada, aunque el brillo y la movilidad de sus ojos lo desmentían. El calor hacía inaguantable a aquella temperatura de 40 grados centígrados.

De pronto la quietud fue rota. La primera avanzadilla se había topado con una patrulla japonesa y comenzó el fuego. Silbaban las balas por entre las hojas como insectos enormes por el zumbido que llegaban al pasar. Se oía el impacto producido al chocar contra la madera de algún gigante de la jungla y el rasgar del plomo entre la hierba abriendo surcos.

Las ametralladoras entraron en acción. Los “arisakas” japoneses escupían sin cesar su mortífera carga y las bombas de mano abatían a los pigmeos arbustos de la selva y hacían inclinar o bambolearse las elevadas copas de los colosos.

Smith se dejó caer al suelo y avanzó arrastrándose por entre las matas. Jack hizo lo mismo, y cuando el joven volvió la vista no divisó a ninguno de los hombres que componían la columna que permaneciera en pie. Todos habían adoptado la misma forma de combate. De vez en vez se alzaban, emprendiendo una carrera veloz, mientras disparaban sus fusiles. El enemigo se hacía fuerte y arreciaba el fuego.

Smith vio brillar unas pupilas delante de él a unos veinte metros de distancia, y apretó el gatillo. Un soldado japonés se

alzó de pronto, surgiendo de la espesura. Giró en redondo y cayó de bruces, con una bala entre las cejas.

—No está mal, Smith—dijo Jack, a su lado—. Pero reconocerás que esa no es la forma más indicada para explicarles lo que querías.

El joven miró a su amigo, y sonrió.

—¿Se te ocurre otro método?

—Ahora verás.

Dio un salto portentoso y avanzó a la carrera a cuerpo descubierto en dirección a unos matorrales desde donde hacían fuego, con armas automáticas.

Smith no se pudo contener y siguió a su amigo, disparando como él a la máxima velocidad que le permitía el arma. Dos soldados nipones se incorporaron, saltando como muelles, gravemente heridos. Dieron unos pasos hacia adelante, pero nuevas ráfagas de fusil acabaron con ellos. Manotearon el aire, desplomándose pesadamente.

Jack continuaba la carrera, ciego por la fiebre de combate, sin ver más que el objetivo que se había trazado. Smith iba tras él, y cuando casi llegaba a su lado vio a un japonés ponerse de rodillas entre unas matas, disponiéndose a lanzar una bomba a los pies de su amigo.

Dando pruebas de una rapidez asombrosa y de una puntería certera, volvió el fusil hacia el nipón, disparando apresuradamente. El defensor del Mikado hizo un gesto de dolor y se inmovilizó un segundo con el brazo en alto, sin fuerzas para dejarlo caer. Luego la bomba se le escapó de la mano en que la tenía y se encogió violentamente hacia adelante con las facciones crispadas.

Smith no dejó de disparar sobre él hasta que le vio caer al suelo. En el momento que alcanzaba a Jack, una explosión le hizo volver la cabeza. A través del humo pudo ver al soldado nipón elevarse al aire como un muñeco desarticulado. La bomba que pensó utilizar para Jack había servido para destrozar su cuerpo más de lo que lo hizo, el fusil inglés.

—Bonita pirueta, ¿verdad ?—preguntó el intrépido soldado, con llameantes ojos.

—Sí, no es mala; pero ha estado en un pelo que no la hubieras hecho tú.

— ¿Qué me dices?

—Nada, Jack; que la próxima vez que te lances en *spring*, debes avisarme con tiempo. No tendría ni pizca de gracia que te viera convertido en aviador.

Los tiros habían cesado. La columna se puso en movimiento, y Smith no tardó en divisar a Kutaka. Se dio la orden de avanzar más de prisa, y a la caída de la tarde dejaban atrás el alto Chindwin, vadearon un riachuelo que iba a morir en aquel río y se encontraron en un valle de hierba tan espesa y alta que les cubría. Acamparon allí.

Smith, desde el sitio que había elegido para su descanso, vio al capitán Tonne hablando con el oficial de la R. A. F. que iba con ellos para encargarse de señalar a la aviación de la base de Assam los lugares donde aquélla debería arrojar los víveres o las armas que necesitasen.

Jack había cerrado los ojos apenas se dejó caer, y Kutaka lanzaba miradas en torno, para detenerlas por último en Tonne, quien parecía interesado en la conversación que con el mencionado oficial de la R. A. F. sostenía.

Habían hecho una marcha de cerca de cincuenta kilómetros con un sol abrasador, y los cuerpos estaban rendidos de cansancio. Smith notaba que los párpados le pesaban cada vez más, pero al mirar al birmano y verle la expresión del rostro se dijo que era preciso estar más alerta que nunca.

Con el fusil al lado, después de haberle puesto un nuevo cargador, se tumbó, dispuesto a no cerrar los ojos ni perder de vista a Kutaka.

El capitán Tonne se apartó al fin del oficial de la R. A. F., y éste se dirigió hacia la estación de radio, dispuesto a comunicar seguramente con la base. Cuando se quedó solo,

Tonne lanzó una mirada al birmano y se adentró en la maleza.



Un enorme pitón había hecho presa en el birmano...

Los hombres dormían o fumaban, algunos echaban mano de sus respectivas provisiones de boca, y en general todos daban la impresión de hallarse fatigados y ajenos a cuanto no se relacionase con ellos mismos.

Kutaka se deslizó tras él, y, apenas lo hubo hecho, Smith alzó la cabeza, se cercioró de que Jack dormía profundamente, y, tomando el fusil, se arrastró por entre la hierba, siguiendo los pasos del birmano.

Se movía cautelosamente, con tanta o más rapidez que un hijo de la selva, y sus ojos veían en la obscuridad como los de un felino. Dando un rodeo, se fue aproximando hacia el lugar donde vio dirigirse a Tonne. No tardó en distinguir a éste y a Kutaka. Se deslizó hasta ellos.

— ¿Cuándo?—oyó que preguntaba el capitán.

—Al ponernos en marcha. Aprovecharé la primera ocasión,

—Conforme.

—Yeu está cerca.

— ¿Quieres decir que encontrarás pronto a los japoneses?

—Sí.

Tonne puso una mano en el hombro de Kutaka.

—Suerte, otra vez.

—Gracias, capitán.

Smith se recogió sobre las piernas, volviendo por la misma dirección que había llevado. Cuando el birmano apareció a poco en el sitio que estuvo anteriormente, el joven yacía al lado de Jack, y en esta ocasión no hizo nada por simular que dormía. Lo hacía, en efecto, y con toda la rapidez que le fue posible una vez que se hubo enterado de lo que quería saber.

CAPÍTULO IV

Le pareció al joven que no había hecho más que cerrar los ojos, cuando sintió que le zarandeaban bruscamente. Se incorporó de golpe.

Jack se hallaba inclinado hacia él.

—Vamos, Smith. ¿Tanto sueño tienes?

Miró a su alrededor. Aun era de noche, pero los hombres que componían aquel destacamento movíanse en las sombras grises que preceden a la aurora.

En un minuto se halló dispuesto.

—¿Sabes, Jack? He dormido como un lirón.

¡Toma! ¿Y me lo dices a mí? ¡Creí que no ibas a despertarte nunca!

—¿Japoneses?

—¡No! Vamos en su busca, si es que logramos dar con ellos.

Se inició un movimiento de avance. El joven se acercó a su amigo.

—Oye, Jack; convendría que te dijera algo.

Jack le miró interrogadoramente.

—¿Qué es?

—Pudiera suceder que ocurriera algún suceso inesperado yuviéramos que separarnos para siempre.

Hizo una pausa para mirar a su amigo, quien le

contemplaba extrañado por lo que terminaba de oír, y prosiguió:

—Vas a prometerme una cosa.

— ¡Bah!—gruñó el soldado—. Déjate de pamplinas. No sucederá nada.

—Bien; pero, en el caso de que no sea así, me tienes que prometer no separarte nunca de tus compañeros y procurar ser menos vivo de genio cuando te veas frente al enemigo. ¿Comprendes?

Jack sonrió irónico, mientras continuaba el avance.

— ¿Lo dices por lo de ayer?

—Exactamente.

—Bueno. Si no es más que eso, puedes estar tranquilo. No he olvidado la lección que nos dio aquel japonés cuando iba por el aire.

—Lo celebro, Jack; me basta con eso.

Se separó de su amigo unos pasos y miró disimuladamente. Kutaka se había retrasado y se inclinaba hacia la derecha. Lo hizo él también y esperó oculto en la hierba a que el birmano le pasase. Cuando le vio delante, prosiguió la marcha, abriéndose paso con el fusil.

Los soldados avanzaban por el valle sin que su presencia fuera notada más que por la ondulación constante de la alta hierba que hubiera podido creerse lo hacía el viento con su imperceptible soplo. A la cabeza de la pequeña columna se oyeron unos gritos de sorpresa. Luego sonó el primer tiro y menudearon los disparos.

Los hombres extremaron la vigilancia en el avance, aunque se movían más aprisa. Pronto se generalizó la lucha, y el conocido tableteo de las ametralladoras taladró los oídos. Mosconeaban las balas como insectos irritados y la hierba se combaba bajo el peso de los que avanzaban por ella. El lastimero aullido de un perro sonó en el gris amanecer, como presagio de muerte.

Smith vio la sombra del birmano arrastrándose como una

serpiente, y como una serpiente marchó tras él, dispuesto a que no se le escapase. Kutaka se apartaba constantemente del lugar de la acción con rapidez increíble. Poco a poco fue dándose cuenta el joven de que los disparos se oían cada vez más lejanos, y el zumbido de las balas dejó de notarlo sobre su cabeza. Kutaka continuaba avanzando cada vez con mayor rapidez, y el joven se esforzaba en seguirle sin que su persecución fuera notada. De pronto el birmano quedó quieto. Sus ojos miraron atrás, y Smith se pegó a la tierra, permaneciendo inmóvil. Pasaron unos segundos de terrible ansiedad. Veía brillar las pupilas de Kutaka y creyó que las tenía fijas en la dirección donde él se hallaba escondido. Al fin el birmano pareció tranquilizarse y emprendió de nuevo la marcha. Durante cierto tiempo continuó el avance medio encorvado, luego se puso completamente derecho e irguió la cabeza, que volvió a un lado y a otro como si tratara de orientarse.

Smith no le perdía de vista, y le vio dirigirse ahora a la izquierda. Salieron del valle y se metieron otra vez en la selva que se abría ante ellos. Los disparos habían cesado casi por completo y tan sólo alguno se dejaba oír como pregón de batalla.

Bandadas de cuervos se cernían sobre el valle con un jera, era, era! que ponía los pelos de punta. Kutaka elevó la vista hacia, ellos y sonrió enseñando sus negros dientes. La vista de aquellos carnívoros pajarracos parecía alegrarle y horripilaba al joven. Para el birmano todos los animales tenían derecho a la vida; para Smith, no. Cuestión de creencias sociales y religiosas.

El sol, en tanto, hizo ya su aparición en el cielo y quemaba con sus rayos. Kutaka movíase en la jungla como perfecto conocedor del terreno, y Smith ponía sus cinco sentidos en moverse tan de prisa como aquél, procurando no hacer ningún ruido que le delatase.

Necesitaba adelantarse un poco más al birmano. Quería

caer sobre Kutaka antes de que le hubiera descubierto y matarle a golpes de machete. No le convenía disparar, por si se encontraban cerca los nipones.

Dio un rodeo para salirle al encuentro y pillarle por sorpresa avanzando con inusitada rapidez por entre gigantescas lianas que obstaculizaban el camino. De pronto oyó el silbido de una serpiente y permaneció quieto, con la vista alerta esperando descubrir al ofidio. Siguió un instante de silencio. Elevándose un poco, miró por entre las hojas que le cubrían. A su izquierda distinguió a Kutaka en un pequeño claro.

El birmano también había oído al reptil, ya que permanecía inmóvil y sus ojos movíanse sin cesar buscando el origen de aquella alarma.

De pronto se apartaron los matorrales bruscamente. Cinco soldados del Mikado aparecieron, rodeando la Kutaka. Uno de ellos próximo al lugar donde estaba Smith, quien se agachó para que no le descubrieran. El birmano soltó el fusil y elevó los brazos. Los japoneses avanzaron a su encuentro, amenazándole con las bayonetas. Uno de ellos se adelantó. Kutaka habló en inglés.

—Birmania; no disparar.

El nipón cambió una mirada con sus hombres y siguió avanzando. Puso la punta de la bayoneta en el pecho del birmano, y preguntó, en un inglés bastante aceptable:

— ¿Qué has dicho?

—Birmania. Llevo un mensaje para Takamori. Me dirijo a Mandalay.

El japonés cambió unas palabras con sus hombres en idioma nipón, que Smith conocía.

—No hay peligro. Es de los nuestros.

Los soldados bajaron las armas.

— ¿Cómo llegaste aquí?

Kutaka sonrió.

—Soy birmano—repuso.

— ¿Dónde dejaste a los ingleses?

Kutaka se volvió, señalando un punto con el brazo extendido.

— ¿Muchos?

Negó aquél con la cabeza.

—Japoneses más—replicó, con suavidad untuosa.

Luego, añadió:

—Quiero ver al jefe. Traigo, mensaje.

El japonés había bajado el arma y sus hombres se acercaban a él. Eran seis en total, contando a Kutaka. Smith reaccionó rápidamente. El silbido de la serpiente había sido imitado. Una señal, sin duda. Se echó el fusil a la cadera y avanzó hasta protegerse con el tronco de un baniano. No podía esperar más. Necesitaba apoderarse del papel que entregó el capitán Tonne al birmano, antes de que éste y los japoneses que con él estaban se hubieran unido a otras fuerzas. Les vio ir hacia donde se hallaba oculto, y esperó a tenerlos más cerca para disparar.

Formaban un grupo que a él se le imaginó apropiado para una fotografía. De pronto el japonés que los mandaba dio una orden. Smith comprendió al punto y apretó el gatillo del fusil. Una rodada de balas cogió desprevenidos a los soldados nipones, y antes de que hubieran podido abrirse en abanico caían al suelo lanzando aullidos de dolor y de cólera. El joven les ametrallaba sin piedad, moviendo el arma en todas direcciones. En su impetuoso ardor había salido de detrás del árbol, avanzando hacia ellos. Los japoneses se revolcaban en tierra moribundos. El que los mandaba clavaba en él sus pupilas vidriosas, con expresión de asombro.

Un hombre saltó de costado. Kutaka, herido, pero no de muerte, trataba de escapar. Smith corrió tras él, mientras cargaba el fusil de nuevo. Disparó en la dirección en que viera desaparecer al birmano, y se adentró como una bala en la espesura. No debía escapársele. No podía escapársele.

Avanzó sin tomar precauciones, decidido a terminar de

una vez, mientras hacía fuego ininterrumpidamente. Había recorrido apenas cincuenta metros cuando descubrió a Kutaka. Éste se hallaba esperándole, al amparo de un grueso tronco, y, al ver al joven, sus pupilas llamearon, apretó el gatillo del fusil que tenía echado a la cara y sonrió siniestro.

Smith se dejó caer al suelo, al tiempo que el plomo silbaba sobre su cabeza. Luego disparó una vez más, y el birmano, tocado seriamente en el pecho, se bamboleó. Dio unos pasos atrás, y, soltando el arma, trató de escapar, ciego, a la muerte que vio retratada en los ojos del soldado. Tropezando con ramas y arbustos recorrió unos metros. Luego se le vio detenerse, tropezar de nuevo y caer para levantarse rápido. Volvió la cabeza, mirando a Smith con aterrorizados ojos, mientras luchaba por librarse de algo parecido a una gruesa rama que se le enroscaba al cuerpo. El joven detuvo su avance.

Una enorme pitón había hecho presa en el birmano, con la que sin duda tropezó en su huida. El gigantesco reptil, de más de cuatro metros de longitud, de piel moteada por varios colores, irritado sin duda al ser pisado por Kutaka, hizo presa en él, estrechándole entre sus formidables anillos. Un grito terrible se escapó de la garganta del birmano.

Smith intentó reprimir el escalofrío de terror que sacudió su cuerpo, sin que pudiera lograrlo en modo alguno. Se oyó un siniestro crujido de huesos como consecuencia del bárbaro apretón del ofidio sobre Kutaka, y el joven cerró los ojos un segundo para librarse del horrible espectáculo.

Cuando los abrió, Kutaka era una masa informe. Apuntando a la cabeza del reptil, hizo fuego repetidas veces. Le vio estremecerse, dar terribles sacudidas y quedar por fin muerto. Avanzó hacia el sangriento grupo. Dominando su repugnancia, buscó «en el bolsillo de la camisa de Kutaka hasta encontrar lo que quería. El papel estaba manchado de sangre. Lo desdobló. Unas cifras colocadas de singular manera aparecían escritas. Hizo pedazos el papel y los arrojó a la

selva, lejos del lugar donde había tenido lugar la lucha. Luego miró en torno. Nadie. El silencio se había hecho absoluto.

Volvió sobre sus pasos. Los cinco japoneses se hallaban muertos. Respiró. Cargó de nuevo el fusil, y apresuradamente, pero viendo dónde ponía los pies, se adentró en la selva. Consultó la brújula de bolsillo y miró la hora en su reloj de pulsera. Con un pañuelo se secó el sudor del rostro por debajo del mosquitero. Permaneció unos segundos respirando anhelosamente, y continuó la marcha por la jungla, con la mirada vigilante para no dejarse sorprender.

A espaldas suyas, sobre su cabeza, oyó batir de alas. Luego, penetrantes graznidos. Los cuervos habían olfateado el festín y se lanzaban sobre su presa.

* * *

Acampó a orillas de un riachuelo. Consumió parte de sus provisiones de paracaidista y satisfizo la sed que le abrasaba. Durante la noche estuvo en vela, sin poder dormir. El recuerdo de lo sucedido a Kutaka turbaba su reposo y desconfiaba de los peligrosos habitantes de la selva, tales como las boas, que se aprovechan del sueño para ahogar, a los infelices que encuentran, rompiéndoles los huesos con sus, anillos.

De madrugada se puso nuevamente en marcha. Anduvo todo el día. A lo lejos, a su derecha, le pareció oír tronar el cañón. De la lejanía llegaba un rumor de lucha. Sonrió. Las columnas del general Wingate se batían con los japoneses. En dos o tres ocasiones, durante el camino, el ruido de motores sobre su cabeza le obligó a elevar la vista. Eran aviones de la R. A. F. que desde su base de Assam, al pie del Himalaya, se dirigían en busca de las guerrillas inglesas para aprovisionarlas de víveres o municiones.

Dejó atrás la selva. Una ancha faja de terreno apareció a sus ojos. Junto a ella serpenteaba un camino al borde de un

bosque que iba a perderse en la jungla. Hacia él enderezó los pasos. Se sentía desfallecer. La noche se le echó encima y la luna asomó por entre las altas copas de los árboles. De pronto, se detuvo. Le había parecido oír voces. Prestó atención. Éstas salían de las proximidades del bosque que estaba cerca.

Avanzó unos pasos más, y se detuvo de nuevo. Hasta él llegaron algunas frases en japonés, y se preparó para acercarse a sus enemigos. No tardó en divisarlos. Alrededor de una hoguera se agrupaban quince o veinte hombres con el equipo de campaña. Dos o tres motos con su correspondiente sidecar se veían arrimadas junto a los árboles; más allá, en las sombras, una hilera de motos y un auto pequeño parecido al *jeep* norteamericano adoptado por el ejército. Era un destacamento motorizado nipón.

Evitando hacer ruido, aproximóse hasta tenerlos cerca. Entonces, salió al claro.

Los japoneses se pusieron de pie como movidos por un resorte, mientras echaban mano de sus armas. Smith les contuvo con un gesto, mientras elevaba los brazos por encima de la cabeza, llevando en uno de ellos el fusil.

—Birmania—dijo.

Y añadió, mientras avanzaba hacia los japoneses:

—Vengo solo.

Los soldados le rodearon al momento, y alguien le quitó el fusil de la mano. Un oficial se le aproximó.

Apuntando al joven con su pistola, conminó, clavando en él sus ojillos:

—¿Qué haces aquí?

Se expresaba en inglés, como lo había hecho Smith, sin grandes dificultades.

El joven fijó en él sus pupilas.

—He dado la contraseña: Birmania. Me dirijo a Mandalay, en busca de Takamori.

Por un momento relampaguearon los ojillos del japonés. Luego pareció apagarse el fuego que lucía en ellos.

Lentamente retiró la pistola del pecho de Smith y la volvió a la funda. Dio una orden breve. Los fusiles se bajaron y el círculo que estrechaba al joven se abrió, .sin que por ello dejaran los soldados de tenerle bajo vigilancia estrecha. Smith siguió al oficial hasta el tronco de un árbol, donde se dejó caer desfallecido. Por espacio de tipos segundos callaron ambos. El joven parecía interesado en ver crepitar las llamas de la hoguera. El japonés le examinaba con sus oblicuos ojos...

— ¿Tuvo algún tropiezo?—preguntó, con notable cambio de voz, en el que se adivinaba el ansia de saber.

—No, ninguno.

— ¿Cómo atravesó las líneas?

—En unión de la columna a que pertenezco.

— ¿Donde la dejó?

—A dos días de marcha; aproveché que se libraba un combate con las fuerzas del Mikado para zafarme sin ser visto.

— ¿Quién manda las tropas?

—El general Wingate.

— ¿Dice que va a Mandalay?

—Sí.

— ¿Qué busca en Mandalay?

—Ya le he dicho que he de hablar con Takamori.

— ¿Para qué?

Smith clavó los ojos en el oficial, y repuso, seco:

—Eso se lo diré a Takamori cuando le tenga delante.

Las pupilas del japonés brillaron con una lucecita peligrosa. Sonrió levemente, y replicó, suave:

—En el caso de que yo lo estime oportuno. ¿No sabe que podría hacerle fusilar por espía?

—No lo dudo; puede hacerlo, si quiere; pero convendría que antes consultase con sus superiores. Mi muerte podría proporcionarle un disgusto serio.

Cerró los párpados y reclinó la cabeza contra el tronco. Tenía un sueño infernal.

La voz del japonés le obligó a abrirlos.

— ¿Sueño?

Smith sonrió, volviendo a dejar caer los párpados.

—Bastante—confesó, en un bostezo—. Sueño y hambre.

El oficial dio una orden, y a poco un soldado se detenía junto al joven, ofreciéndole comida del racionamiento nipón, Smith la devoró en silencio, haciendo esfuerzos para no cerrar los ojos.

Cuando hubo terminado, el oficial le ofreció un cigarrillo. Fumaron durante cierto tiempo sin que mediara palabra. El japonés parecía dar muestras de un perfecto dominio de nervios, y en sus impenetrables facciones no se movía un músculo. Consumió su cigarrillo con impasibilidad. Luego se puso de pie y pronunció unas frases rápidas y perentorias. Dos soldados se incorporaron al instante, acercándose al auto.

Uno de ellos llevaba un fusil ametrallador.

—Vamos.

Smith alzó la vista para mirar al japonés. Se levantó del sudo con visible desgana y bostezó dos o tres veces. Luego se quedó mirando al oficial.

—Convendría que me devolvieran el fusil que me quitaron—dijo—. Lo necesitaré para la vuelta.

Los labios del nipón se plegaron con ironía. Sus ojillos chispearon, alegres.

—No se preocupe; se le devolverá a su debido tiempo, si es que el Mando lo estima.

Hizo una seña a uno de sus soldados, y el fusil del joven pasó a poder del que iba con ellos de escolta. El otro estaba al volante y había puesto el motor en marcha. Subieron. Zumbó el motor y el auto se deslizó a poco por el camino. Minutos después, dejaban atrás el destacamento motorizado.

Habrían recorrido escasamente un kilómetro, cuando un tremendo estallido se dejó oír en la noche. A la izquierda del camino que seguían se elevó al cielo una llama anaranjada envuelta en humo. El oficial japonés se incorporó en el asiento y mandó parar el vehículo. Durante unos instantes permaneció

de pie mirando en la dirección que la explosión se produjera, mientras contraía las pupilas. Luego sentóse otra vez, mirando interrogadoramente al joven.

Éste volvió ligeramente la cabeza para contemplar al oficial.

—Algún puente—dijo—. Ha sido una voladura.

El japonés rechinó los dientes.

—Sí—añadió Smith, gozándose por la sorpresa—. Apostaría cualquier cosa a que han sido los “Chindits”.

— ¿Los “Chindits”?

El joven bostezó, mientras dejaba caer la cabeza sobre la capota.

—Los “Chindits”—aclaró, en un susurro—son las tropas del general Wingate. ¿No lo sabía?

Entreabrió los ojos para mirar al oficial y los volvió a cerrar pesadamente. El sueño se apoderó de él y se quedó dormido con la sonrisa en los labios. La imagen de Jack se le apareció un segundo, y creyó que éste le decía algo relacionado con los cocos. Luego la imagen se esfumó, y sólo tinieblas quedaron para él. El oficial se volvió de nuevo.

Smith, con los párpados prietos, dormía profundamente y su cabeza se bamboleaba a uno y a otro lado de la capota del coche.

* * *

— ¿Le han registrado?

—Sí, mi comandante.

— ¿Y...?

El oficial dejó sobre la mesa unos documentos que aquél se apresuró, a tomar. Paseó por ellos su mirada durante unos minutos. Luego los volvió a dejar sobre la mesa.

— ¿Duerme aún, capitán?

—Sí.

El comandante nipón, un hombre de fuerte contextura, de

rasgos acusados y ojos que relucían a través de los cristales de las gafas de concha, se puso en pie y paseó durante cierto tiempo por el cuarto, con las manos a la espalda. El oficial le contemplaba en posición de firmes.

— ¿No dijo ese hombre lo que quería?

—Hablar con el general Takamori.

— ¿Para qué?

—Se negó a contestar esa pregunta.

— ¿Conoce al general?

—Lo ignoto, comandante; únicamente dijo que iba a Mandalay y que quería ver a Takamori. Esas fueron sus palabras.

El comandante sonrió y volvió a tomar asiento frente a la mesa.

—Está bien, capitán; cuando haya despertado ese hombre, tráigalo aquí. Le interrogaré yo mismo.

El capitán hizo un saludo y se retiró en dirección a la puerta. Antes de llegar a ésta, Smith, que se hallaba tras ella escuchando, se escabulló precipitadamente, volviendo al cuartucho donde lo dejaron al llegar. Se tiró sobre el camastro y cerró los ojos fingiendo que dormía.

A los pocos segundos oyó pasos, y la figura del capitán apareció a la entrada, Entonces se revolvió en el lecho y se llevó las manos a los ojos, desperezándose acto seguido. Entreabrió los párpados y los volvió a cerrar al instante. Luego parpadeó varias veces como si se extrañara de encontrarse allí, y finalmente, con los ojos abiertos de par en par, se incorporó en el lecho, quedando sentado en él, mientras contemplaba con estúpido asombro al oficial que tenía delante.

Una sonrisa se dibujó en sus labios y bostezó de una manera terrible.

— ¡Vaya!—exclamó—. Parece que he dormido.

El capitán le observaba fijo. Sonrió.

—Tenía sueño, ¿verdad?

—Bastante.

Luego miré interrogadoramente al capitán, y preguntó, poniéndose de pie:

— ¿Hace muchas horas que llegamos?

—No; escasamente cuatro. ¿Se encuentra bien?

—Aun tengo sueño, pero ya lo puedo dominar.

—Acompáñeme. Le esperan.

— ¿Takamori?

El oficial se limitó a sonreír sin responderle, al tiempo que se dirigía hacia la puerta. Smith le detuvo.

— ¿Hemos llegado a Mandalay?

El capitán se volvió.

—No—dijo—. Estamos en Yeu.

— ¡Ah! ¿Falta mucho?

Nueva sonrisa del oficial. Smith se encogió de hombros. El capitán franqueó la puerta, seguido por el joven. Fuera, en la calle, se oía ruido de cadenas y la tierra parecía temblar a fuerza de sacudidas. Era un ruido sordo y prolongado. Smith enarcó las cejas al comprender el origen de aquellos ruidos.

“Tanques”, pensó.

El oficial se había detenido al llegar a la puerta de la habitación ocupada por el comandante. Llamó a ella con los nudillos, penetrando después. El joven le siguió.

—Comandante, aquí está el hombre de que le hablaba.

El mencionado se puso en pie y alargó una mano pequeña y fuerte, que el joven estrechó. Hizo una seña, al oficial, y éste la interpretó al punto. Quedaron solos. El Comandante indicó una silla, y Smith se dejó caer en ella pesadamente.

El militar volvió a ocupar su sitio.

Durante unos minutos contempló al joven sin decir palabra, observándole.

Luego, de pronto:

— ¿Y Kutaka?

La pregunta no desconcertó a Smith. La estaba esperando desde el primer momento.

—Kutaka murió—dijo—. Por eso vine en su lugar...

El comandante clavó en él sus pupilas.

— ¿Cómo fue eso?

—Lo ignoro.

—Entonces..., ¿cómo sabe que murió?

—Por el capitán Tonne. Él fue quien me lo dijo.

La respuesta pareció bastar por el momento al comandante, quien sonrió unos segundos, mientras tomaba la documentación de Smith, fijando en ella la vista.

—Se llama Smith, ¿verdad?

—Sí; James Smith.

— ¿Qué le ha dado el capitán Tonne?

El joven sonrió a su vez.

—Nada, comandante; el capitán no me dio nada en absoluto.

— ¿Quiere decir...?

—Me hizo aprender de memoria algunas cosas y me ordenó que las repitiera a Takamori. Eso fue todo.

—Bien, ¿qué espera?

—Llegar a Mandalay, comandante; cuando esté frente a Takamori, se las repetiré.

—Yo soy Takamori.

—Perdón, comandante; si mi información no es falsa, el general Takamori reside en Mandalay, junto al Estado Mayor. No me gustaría perder el tiempo.

—Tampoco a mí. —El comandante se había incorporado del asiento y fulminaba al joven con la vista. —Sepa usted que esperaba la visita de un birmano llamado Kutaka, pero no de un inglés a quien desconozco y de quien no tenía la menor noticia. ¿Qué ha sido de Kutaka?

—Ya le he dicho que ha muerto.

—También dijo que no le había visto morir, ¿verdad?...

—Exactamente.

— ¿Sabe el final que le espera?

—Mandalay, por el momento. Luego...

—Usted no llegará a Mandalay, joven. En Yeu hay bastante plomo para los espías.

Se alzó violentamente y dio una palmada. El oficial apareció a la puerta.

—Lléveselo, capitán; está detenido.

El capitán dio unas órdenes y cuatro soldados penetraron en la habitación con fusil y bayoneta calada.

Smith se levantó despacio. Sin perder la sonrisa, se volvió al comandante, para decir:

—Cuando haya telefoneado con el general Takamori, espero que me avise. Sería una lástima que lo hiciera antes. Pienso dormir hasta que llegue ese momento.

Se dirigió al capitán, y añadió, mirándole fijo:

—Puedo volver a la cama, ¿Verdad? La he tomado cierto cariño.

Salió de la habitación entre los soldados nipones, y poco después se encontraba de nuevo en el cuartucho, que cerraron una vez estuvo dentro. Se dejó caer en el jergón y cerró los ojos. Su pensamiento volaba, inquieto y se preguntaba sin cesar si llegaría a encontrarse con Takamori. Con el oído alerta y los párpados cerrados se acomodó en el lecho simulando que dormía. A través del delgado tabique que le separaba de la calle, continuaba escuchando el inconfundible paso de las columnas motorizadas japonesas, la explosión de los motores y las voces de los soldados. Dentro, en la casa, creyó oír la voz del comandante que daba órdenes. Luego pasos precipitados y ruido de armas, el lejano traqueteo de una ametralladora y el mosconeo sordo de la aviación.

De pronto un estampido seco y a continuación otros y otros. Los antiaéreos nipones habían entrado en juego. Un agudo silbido que se acercaba por instantes, y la primera bomba hizo explosión con estrépito infernal. La aviación inglesa bombardeaba el pueblo y la columna motorizada.

Nuevos silbidos hicieron que Smith se tirase del lecho. La casa parecía querer hundirse y temblaba toda ella. Cascos de

metralla se estrellaban contra las paredes, pasándolas de parte a parte. La habitación se llenó de humo y polvo a través de un ventanuco que se veía en la parte superior donde el joven se encontraba, y fuertes explosiones se dejaron oír, seguidas de maldiciones, en japonés y gritos de muerte.

Smith aporreó la puerta. Le habían encerrado. Pensó que tendría gracia le mataran sus propias fuerzas, y se tumbó cuan largo era en el suelo de la habitación. La lucha, continuaba. Los antiaéreos disparaban sin cesar y las ametralladoras también. Sin duda lo harían con balas trazadoras. Percibió el zumbido penetrante de los aviones en picado y se encogió inconscientemente.

La casa daba la sensación de que iba a derrumbarse de un momento a otro. La “pasada” duró unos minutos, y al cabo de ellos volvió a renacer la calma. Los aviones se alejaban de Yeu y los antiaéreos callaron finalmente. Lejos del pueblo continuaba aún el tableteo de las ametralladoras que disparaban al paso de la R. A. F. Fuera, en la calle, se escuchaba un ensordecedor griterío seguido de maldiciones. Precipitados pasos, carreras y multitud de órdenes. Smith se alzó del suelo, volviéndose a dejar caer sobre el jergón. Tosió varias veces a causa del humo, y cuando se disponía a incorporarse se abrió la puerta y el capitán apareció en el vano.

El joven se volvió a él.

— ¡Hola! —Saludó, con cierta ironía—. Creí por un momento que se había olvidado de mí. ¿Muchos heridos?

El oficial masculló algunas frases ininteligibles. Trató de cerrar de nuevo.

—Por favor, capitán—se apresuró a decir Smith. — ¿No tiene un cigarrillo? Reconozca que ya he tragado demasiado humo a pólvora, y me agradaría el olor a tabaco.

El japonés le asaeteó con la vista. Salió dando un portazo y el joven volvió a encontrarse solo. Sonrió con sarcasmo, y, poniéndose de pie sobre el lecho, acercó la cara al ventanuco.

El espectáculo que se ofreció a sus ojos era desolador. La casa donde se hallaba pertenecía a las últimas del poblado. Por la carretera se veían tanques abandonados de cualquier forma y algunos de ellos ardían, tocados sin duda en el depósito de municiones. Llamaradas rojas y amarillas envueltas en penachos de humo negro se elevaban al aire, cubriendo los carros que ardían como antorchas. Más allá, en el polvo del camino, soldados deshechos por la metralla aparecían tirados como monstruosos muñecos en posiciones escalofrantes.

En el río Mu, que bordeaba el pueblo, ardían algunas barcasas, y el puente se hallaba destruido totalmente alcanzado por las bombas. La algarabía de voces era infernal y los soldados iban de un lado para, otro recogiendo muertos y heridos, examinando tanques, coches y motos, y tratando de apagar los incendios producidos en los carros. Muchas de las casas que componían el poblado ardían como yesca, y la población civil parecía aletear con un interrumpido revoloteo de sus blancas vestiduras.

Smith, tosiendo violentamente a causa del humo, se dejó caer de nuevo en la cama. La atmósfera en la habitación se había despejado un tanto, y creyó que un sueñecito después de “aquello” no le iría mal. Cerró los ojos y se esforzó por dormir. Al cabo de una hora lo había conseguido.

Le despertaron bruscamente.

Abrió los ojos sorprendido, para hallarse ante la inmóvil mirada del capitán. Detrás de él, dos soldados con fusiles.

—Sígame.

El gesto del oficial era autoritario. El joven se tiró del lecho, y con el sombrero australiano bajo el brazo se dispuso a seguirle. Debía ser tarde. La luz apenas entraba por el ventanuco, y en la calle habían cesado los ruidos que siguieron al bombardeo de los aviones. Segundos después se hallaba en presencia del comandante nipón.

Éste le esperaba ya. Sonrió al verle, mientras avanzaba a

su encuentro.

El japonés le acogió fríamente, a pesar de su excesiva cortesía y el saludo que le hizo.

—Tengo orden de enviarle a Mandalay—dijo—. Se pondrá en camino al momento.

—Lo celebro, comandante; aunque le agradezco la hospitalidad que me ha proporcionado y el trato recibido, no me encuentro a gusto en su compañía. —Y añadió, al ver que el nipón entornaba los ojillos peligrosamente: —No lo he pasado muy bien, ¿sabe? Le visitan ciertos pájaros que han tomado su puesto por objetivo para descargar el buche, y han estado en un tris que no acertasen. Aun me duelen los oídos.

El comandante suavizó la expresión del rostro.

— ¿Miedo?

— ¡Oh, no, comandante! Pero reconocerá que mi situación no ha sido muy halagüeña; me encontraba encerrado y sin medio alguno para ponerme a cubierto de las bombas.

Sonrió.

—Supongo—añadió después—que no habrá habido que lamentar grandes pérdidas. Oí el fuego que les hacían los antiaéreos y las ametralladoras, y espero que alguno de esos pajarracos habrá caído para siempre. ¿Me equivoco, comandante?

—Sí; los aviones ingleses se retiraron incólumes. Nuestros cazas llegaron tarde por minutos.

— ¡Bah! Otra vez se tropezarán con ellos. La aviación del Eje es superior a la de los aliados, y no tardaremos en hacérselo sentir.

—Eso espero. Este *raid* lo pagarán con creces. Nuestros bombarderos pesados visitarán Calcuta y dentro de poco estableceré allí mi puesto de mando.

—Le deseo suerte, comandante. ¿Quiere alguna cosa?

—No; gracias.

Se acercó a la mesa, y, tomando los documentos de identidad de Smith, se los tendió, a la vez que la mano.

—Tome. Puede seguir el viaje. El capitán le acompañará, y créame que lamento haberle detenido. Sabrá disculparme, ¿verdad, señor Smith?

—No se preocupe, comandante; por si no vuelvo a verle cuando salga de Birmania, no olvidaré que piensa establecer su cuartel general en Calcuta.

Dio media vuelta, y salió seguido del capitán y los dos soldados que les acompañaban.

Cuando llegaron a la calle del pueblo, Smith miró en torno. Los estragos causados por la R. A. F. durante el bombardeo habían sido mayores de lo que él pudo ver a través del ventanuco. Por todas partes veíanse ruinas e incendios, cuerpos destrozados y tanques convertidos en un informe y retorcido amasijo de acero y hierro.

La columna motorizada había desaparecido y se veían cañones antiaéreos que los artilleros japoneses cambiaban de posición, temerosos de que volviera a repetirse otro ataque.

El puente no era más que una ruina. Utilizaron una barcaza para seguir el Mu en sentido sudeste y navegaron durante horas y horas. Era muy entrada la noche cuando arribaban a la otra orilla en las proximidades de Shwebo. Allí tomaron el ferrocarril utilizado por los japoneses para la conducción de tropas, y el joven, una vez acomodado en el asiento, cerró los ojos dispuesto a dormir el resto del tiempo que le faltaba hasta llegar a Mandalay.

El oficial nipón, a su lado, mantenía una estrecha vigilancia, y sus ojillos no dejaban de observar a Smith y de lanzar penetrantes miradas a los soldados que le servían de escolta. Lejano llegaba hasta allí el tronar del cañón, y en los aires zumbaban los motores de los cazas japoneses y de los aviones de reconocimiento.

CAPÍTULO V

— ¡Darma!

El aludido se acercó en silencio a la hermosa mujer que terminaba de llamarle. Era un soberbio tipo birmano de facciones aguileñas, negros y penetrantes ojos y blanca tez. Se cubría, como la mayoría de ellos, con una especie de sábana arrollada a semejanza griega: De sus orejas colgaban pendientes que tintineaban, y de la nariz, atravesando el tabique central, pendía otro. Llevaba la cabellera larga y enroscada como un rodete sobre la parte superior de la cabeza.

Sin pronunciar palabra, se inclinó delante de la bella desconocida. Ésta le miró con manifiesta altivez y superioridad.

— ¿No han traído ningún mensaje para mí?

Darma hizo un movimiento negativo.

—Bien; puedes retirarte.

El birmano lo hizo y ella continuó en el sitio que ocupaba junto a la entrada del *bungalow*, contemplando la serpenteante carretera de Birmania que iba a perderse, allá a lo lejos, entre un macizo montañoso, para seguir su ruta hasta Chunking, en territorio chino.

Durante cierto tiempo permaneció contemplándola, viendo pasar por ella unas piezas de artillería. Detrás, los soldados del

Mikado, en camiones, miraban con sus oblicuos ojos la capital de Birmania, Mandalay, y sonreían al ver a las nativas de aquel país tocadas con los familiares vestidos, propios del clima, que dejaban al descubierto parte de sus exuberantes formas... Se hacían guiños los unos a los otros y cambiaban frases ininteligibles.

La ciudad bullía de soldados, oficiales y jefes.

Los automóviles del ejército cruzaban las calles seguidos de motociclistas provistos de fusiles ametralladores que llevaban en bandolera.

Desde el incidente chino-japonés de Ro-Ko-Kyo, mejor dicho aún, después de la invasión de China por el ejército del Mikado, la capital se había visto más frecuentada que nunca, volviendo a adquirir la preponderancia que perdió durante los últimos años de dominio inglés.

Rangoon, cuya importancia llegó a ser superior en parte por el puerto y en parte también debido a la peregrinación que de todo el Asia se hacía a su célebre pagoda Shway Dagon, edificada sobre tres cabellos de Buda, había perdido encanto.

Los ataques a que estaba expuesta por mar y aire hicieron que muchos de sus habitantes se desplazaran al interior y que los Estados Mayores del Mando nipón prefiriesen Mandalay, que les ofrecía mayor garantía militar estratégica y táctica. De esta forma no perdían contacto con las fuerzas que operaban en China contra las derrotadas del mariscal Tchiang Kai Chele, y amenazaban al Imperio Británico con una invasión a la India que estaba a punto de realizarse.

Al cabo de varios minutos de observación constante, volvió la cara, y con ágiles y felinos pasos se dirigió hacia una tosca silla hecha con cañas de bambú, donde tomó asiento.

Era rubia, de ojos verdes, transparentes como el cielo de Asia; con un cuerpo de diosa y un continente de princesa. Se cubría con un vestido de seda con flores pintadas, y el pelo lo llevaba suelto, en amplia melena que se desbordaba sobre el

escote.

Prendió un cigarrillo y aspiró voluptuosamente. Azules espirales se escaparon de sus gordezuelos labios.

De pronto alzó la cabeza y prestó oído. El ronroneo del motor de un coche llegó hasta ella, y Darma apareció a la entrada del *bungalow*.

—El general Takamori—dijo.

Ella se puso nuevamente de pie. Echó hacia atrás la melena con un movimiento de estudiada coquetería y esperó. Se oyeron pasos rápidos. Un hombre se dirigía a su encuentro con la sonrisa en la boca. Era el perfecto japonés educado a la europea. Llevaba puesto el uniforme militar con exquisita elegancia, y su menudo cuerpo se desplazaba con sorprendente agilidad. Delgado de carnes, denotaba un vigor nada común, y sus ojillos eran dos rayas negras que relucían en la impenetrable máscara del rostro.

— ¡Querida Hilde!...—exclamó, avanzando hacia ella; —. Sabrá perdonarme, ¿verdad?

Se inclinó ceremonioso para besar la mano de la mujer que ésta abandonó durante unos segundos entre las del general Takamori.

—Lamento infinito haberla hecho esperar tanto tiempo—se excusó, con galantería—; pero no me ha sido posible acudir hasta ahora. Se hará cargo. Mi condición de militar exige ciertas particularidades ineludibles y...

—Por favor, general, no siga. Supongo que no me habrá hecho abandonar el hotel sin que tuviera razones para ello.

Indicó una silla al japonés y tomó ella asiento igualmente, cruzando, al hacerlo, una pierna sobre otra. Takamori lanzó una veloz mirada a las maravillosas piernas de Hilde.

—En efecto, señorita; no ha sido mi intención sacar a usted de sus habitaciones del hotel sin motivo justificado. Tengo noticias que darle.

— ¿Bien?...

— ¡Oh, por favor! Ustedes, los europeos, siempre tienen

prisa. De verdad, Hilde, amiga mía, que no acierto a explicarme cómo una mujer tan maravillosa se ha vuelto, por azares de la guerra, un engranaje más de la complicada máquina bélica de su país. ¡Un país tan espiritual, tan romántico, tan delicioso! ¡Alemania, Alemania! No comprendo cómo sus mujeres...

—Olvide eso, general, y no vea en mí sino lo que soy: un soldado.

—Sí; pero un soldado terriblemente fascinador, Hilde; un soldado capaz por sí solo de derrotar a un regimiento.

Rió ella, enseñando sus magníficos y apretados dientes.

—General, siempre será usted el mismo. ¿Se ha olvidado acaso de la guerra?

—No, Hilde; le aseguro que no me olvido tan fácilmente, aunque... a veces..., y particularmente cuando me encuentro a su lado, hago verdaderos esfuerzos por evitar que eso suceda. ¿Sabe que está encantadora con ese vestido?

— ¿De verdad ?—le incitó ella, con una sonrisa.

—Palabra de Takamori, Hilde; ese vestido, confeccionado con la tela del país en que nos encontramos, destaca su belleza de una forma especial. Si la viera el Reichführer, la retiraría del servicio. Es usted demasiado hermosa para exponerla a la muerte.

— ¡Bah, general! No irá a decir que corro riesgos a su lado.

—A mi lado, no; precisamente por ello quisiera tenerla más cerca.

— ¿Más aún?

Se había aproximado al general y le envolvía con una lánguida y atrevida mirada.

Takamori la contempló en silencio durante unos minutos. Fuera, en el exterior; continuaba, el rodar de carruajes pesados militares, y las órdenes sucedíanse secas y cortantes como latigazos. Hilde exhaló una bocanada de humo.

— ¿No le parece, general, que estamos perdiendo el tiempo?—preguntó—. El O. K. W. necesita informes y he de

mandárselos. Si el Reich y el Mikado han de operar juntas, precisan ambos una inteligencia mutua y una cooperación total. Berlín me exige noticias, y tengo que proporcionárselas. No me agradaría que me substituyeran. Sé lo que significa eso.

Los ojillos del japonés brillaron un instante.

—Créame, Hilde—replicó—, que si eso llegara a suceder no se apartaría usted de mi lado. No la dejaría marchar.

—Procure evitarlo, entonces. ¿Qué vino a decirme?

El japonés se inclinó hacia adelante.

—Los ingleses—dijo—han entrado en Birmania; se trata de un ejército de guerrillas al cual nuestros soldados terminarán por deshacer. Se me avisó hace tiempo que un tal capitán Tonne, de origen alemán, pero nacionalizado en los Estados Unidos, aunque al servicio de su país de nacimiento, había logrado entrar en la India como voluntario de las tropas inglesas. Ese hombre será el enlace que necesitamos. Sin abandonar su puesto en la primera línea, envió a un birmano llamado Kutaka, a quien previamente dimos orden para que le esperase, con noticias sin duda para nuestro ejército. Pues bien, Kutaka ha muerto, al parecer, y en su lugar Tonne nos remite a un soldado apellidado Smith. Le esperamos de un momento a otro.

— ¿Qué más?

—De momento, nada. Hasta que no llegue ese hombre no podremos trazar planes, si es que no queremos exponernos indebidamente. Él Mando japonés no quiere correr riesgos innecesarios.

— ¿Quién es ese Smith? Su apellido es inglés y...

Sonrió el general significativamente.

—Lo sabremos cuando le tengamos entre nosotros. Antes, río.

Se incorporó en la silla, levantándose. Sus ojillos relampaguearon.

— ¿Qué noticias tiene de Berlín, Hilde?

—Excelentes, general; nuestras tropas avanzan en el Este al

mando de Von Zeitzler, y se esperan de un momento a otro grandes victorias. Alemania se impondrá a Rusia.

—Y el Japón a los Estados Unidos.

—Ya lo demostró en Hawái, general. El 8 de diciembre de 1941 no se les olvidará a los yanquis por muchos años que vivan.

Takamori, con la sonrisa en los labios, se detuvo.

—Hilde, ¿hace mucho tiempo que falta de Berlín?...

Ella le lanzó una mirada interrogadora.

— ¿Por qué lo dice, general ?—preguntó, alzándose de la silla.

—Porque... si hace mucho tiempo, posiblemente sus familiares, si aún le quedan, la hayan olvidado.

Se acercó a ella, y prosiguió, mirándola intensamente:

— ¿No le gustaría acompañarme al Japón cuando termine la campaña?

Hilde sonrió, entornando los ojos.

—El Japón, general, no gusta de las europeas. Mi sitio es otro.

— ¿Cómo se atreve a decir eso? Las mujeres como usted honran la tierra que pisan.

Se aproximó más a ella, intentando abrazarla.

— ¿No sabe que la quiero, Hilde? Es usted la mujer que esperaba y...

Se desasíó de él sin violencias, echando hacia atrás la melena con atrevido e incitante gesto. Su cuerpo se flexionaba; como un junco.

— ¡Por favor, general!—exclamó—. Voy a creer que me mandó venir aquí para escuchar galanterías.

Takamori sonrió, intentando proseguir el avance. Ella le contuvo con la mano.

— ¡No! No es éste el momento oportuno. La guerra es lo primero.

El japonés se irguió, quedando firme. Sus ojos perdieron parte del brillo que tenían y en su rostro se acusaron los

músculos al realizar un esfuerzo por recobrase.

—Es verdad, Hilde—replico—. A poco estuve que lo olvidara.

Durante unos segundos permanecieron ambos sumidos en distintos pensamientos. Hilde se había acercado a la amplia galería y miraba por ella ensimismada. Takamori la contemplaba absorto, sin atreverse a romper el hechizo. Al fin, ella se volvió.

— ¿Llegaron las tropas que esperaba, general? Hace poco, antes de que usted viniera, vi pasar cañones.

—Sí; eran piezas de montaña y de artillería, ligera. Dos regimientos destinados para las operaciones de la India,

— ¿Y tanques y aviones? ¿No pretenderá iniciar el avance sin estar debidamente preparado?

Él sonrió suave, mientras se le acercaba.

—Descuide, Hilde; a esos dos regimientos les seguirán dos columnas motorizadas y tres más de carros blindados. Mañana lo más tarde entrarán en la capital, y de un momento a otro espero que lo hagan las escuadrillas de caza y bombarderos que solicité del Mando. Los ingleses tendrán la respuesta adecuada, no lo dude.

—Bien; ¿esperamos a alguien, general?

Takamori negó con la cabeza, siguiendo el avance.

—Entonces—siguió ella—, volveré al hotel. Es tarde ya.

— ¿No quiere quedarse un rato en mi compañía?

—No; su compañía es peligrosa, general. Tengo miedo de sentirme débil.

Takamori la enlazó rápidamente. Ella dejó escapar su risa cristalina, y bromeó, mientras se libertaba:

— ¡Está loco, general! ¡Está loco!

Luego, y viendo que él intentaba alcanzarla de nuevo, llamó:

— ¡Darma!

El birmano hizo su aparición en la puerta. Sus ojos lucieron siniestramente al ver al general, y se aproximó a ellos

como una serpiente dispuesta al ataque.

—Darma—continuó ella—, nos vamos.

El birmano no apartaba la vista de Takamori, y éste le miró de reojo con ira. Cambió al instante ésta por una aparente frialdad, y, dirigiéndose a Hilde, rogó:

—Permita que la lleve en mi auto. Su hotel está cerca del puesto de mando militar, y a él iré en seguida.

Ella le acarició con una mirada, mientras echaba a andar, en tanto que el japonés se hacía a un lado, obsequioso y reverente.

Subieron al coche. Durante el camino, Takamori no apartaba los ojos de la mujer que tenía al lado, y ésta le miraba a través de sus largas pestañas, sin dejar de sonreír.

El japonés preguntó, al cabo de unos instantes:

— ¿Por qué se ríe?

— ¿Y me lo pregunta, general? Si no hubiera sido por Darma...

— ¡Ese maldito!...—rugió Takamori, achicando ojos.

— ¡Bah! No quiero que se enfade con él; es un servidor leal y le aprecio mucho. Además, tiene sobre usted una ventaja.

— ¿Cuál?—preguntó el nipón, relucéndole las pupilas.

—Que hasta la fecha no me ha hecho el amor. Se dejaría matar por mí, y, sin embargo, no me acosa como usted lo hace. Reconozca, general, que ese amor es más verdadero.

Takamori fijó sus ojos en el birmano, que iba sentado en el baquet, junto al soldado que conducía el volante. Luego, se volvió,

—Estos hombres son de una raza inferior, Hilde —dijo—. Solamente nosotros, los japoneses, podemos aspirar a tener entre las manos lo que ellos adoran de rodillas.

—Así, pues, ¿usted no me adora, general Takamori?

—Sí, la adoro; pero la quiero para mí, y no pienso cedérsela a nadie.

—Vamos, general, ¡desvaría! Me debo a Hitler.

—De momento, sí; pero no olvide que Berlín está muy lejos

y usted se halla en las manos del Mikado.

— ¿Es usted el Mikado, general?

—No; pero soy uno de sus defensores.

Callaron. Ella entornó los párpados, sonriendo entre dientes. Él se aproximó más a ella. El auto seguía su marcha por las calles de la ciudad. Grupos de soldados se les cruzaban continuamente. Zumbó el motor de un caza sobre sus cabezas. Abrió Hilde los ojos para contemplarlo un segundo, y se fijó luego en el gentío que transitaba por las calles. Un bonzo, con su tela de un color amarillento sucio cubriéndole el cuerpo y la cabeza rapada totalmente, se destacaba entre el gentío.

De pronto, se armó un revuelo. Se oyeron gritos y se produjeron carreras. Los soldados nipones golpeaban a la muchedumbre con las culatas de los fusiles, y sonaron dos o tres tiros.

De una pequeña tienda surgieron varios militares arrastrando a un hombre que se debatía inútilmente. Una mujer, birmana como el prisionero, con las piernas enfundadas en unos pantalones anchos como los de las chinas y el busto cubierto por una camiseta que apenas si tapaba el nacimiento del pecho y que iba a morir cuatro dedos por encima del talle, dejando la carne a la intemperie, braceaba, detrás, intentando soltarse de las manos que la sujetaban. Sus ojos negros, ligeramente oblicuos, pero enormes, se abrían al aire con sobresaltado temor. Gritaba desahogado, y, en un supremo esfuerzo por desasirse, moría o a los que la llevaban.

Los soldados se hicieron atrás un segundo, que ella aprovechó para saltar sobre los que conducían al hombre. El tráfico se había detenido, y Takamori e Hilde contemplaban el espectáculo incorporados, en sus asientos. El general japonés, con una sonrisa desdeñosa en los labios; ella, con un singular brillo en los ojos.

Sonaron unos disparos en veloz sucesión, y la pareja de birmanos quedó inmóvil un instante. El círculo que se había

formado alrededor de ellos se deshizo y se les vio doblarse como un tallo abatido por el vendaval: las manos en el vientre y la faz terrosa. Luego cayeron uno encima de otro, mientras los soldados del Imperio del Sol Naciente les remataban a machetazos.

Hilde enarcó las cejas un segundo. El auto emprendió la marcha. Con una deliciosa sonrisa, se volvió a Takamori, para decir:

— ¿Qué ha sido eso general?

—Espías—replicó el japonés, con desprecio. Y repitió: — Espías, siempre espías.

Smith se pasó las manos por los ojos y luego polla boca, ahogando un bostezo.

Cambió de postura. Sus negras pupilas contemplaron los rostros que tenía delante, y sonrió al fin. La espera se le hacía larga.

El cuarto donde se habían introducido apenas llegados a Mandalay era una habitación cuadrada desprovista de ornamentación en las paredes. En un ángulo de ella se veía una mesa-escritorio de viejo estilo, y en la cabecera, sujeto por chinches al tabique, un mapa grande de Birmania, con banderitas blancas y un círculo rojo en el centro, clavadas en determinados puntos, indicadores, sin duda, de la situación de fuerzas. Tres o cuatro sillas, contando la que él ocupaba, completaban el mobiliaje.

Durante unos segundos paseó la vista por el mapa con expresión estúpida, aunque en realidad grabando en la mente la posición exacta, de las banderas del Maleado. Luego volvió a contemplar a los militares japoneses que le custodiaban y que substituyeron al oficial y los dos soldados que le escoltaron durante el viaje. Smith, por el rabillo del ojo, vio los emblemas que adornaban los uniformes de todos ellos. Eran jefes. Hablaban entre sí con rápidos monosílabos y se paseaban por el cuarto con agitación desacostumbrada en los orientales.

El joven no perdía palabra de las que oían, y cada vez que ellos le miraban sonreía de una manera idiota o bostezaba estruendosamente. Al fin se oyeron rápidos pasos, chocar de botas y ruido de armas. La puerta se abrió de par en par, y un militar menudo entró en, el cuarto, mientras los que allí se hallaban juntaban los talones y se ponían firmes. Uno de ellos se adelantó al encuentro del que llegaba, y dijo en japonés, con visibles muestras de respeto:

—Mi general, el hombre que esperábamos está aquí.

Al terminar de pronunciar estas palabras, Smith sintió que los ojos se volvían a él y que las pupilas del que terminaba de entrar le examinaban fijas. Permaneció sentado, no obstante, y volvió la cabeza como si le disgustara la observación a que estaba sujeto.

Takamori avanzó unos pasos hasta colocarse frente al joven. Éste miró al general, de los pies a la cabeza, con desesperante lentitud. En los labios del japonés apareció tina sonrisa, y sus blancos dientes brillaron.

—Soy Takamori...—dijo, en inglés. Y añadió: —Puede permanecer sentado, si lo prefiere.

Smith se alzó de la silla. El general parecía más bajo aun al compararse con él, y, entendiéndolo así, el nipón se apartó unos pasos, acercándose a la mesa, en la cual tomó asiento. Desde ella siguió observando al joven, quien permanecía, de pie, como aturdido.

— ¿No quiere sentarse, señor Smith?—preguntó, con voz dulce que parecía femenina—. Tengo entendido que ha hecho un largo viaje.

El joven se dejó caer en la silla, mirando como fascinado al general.

—Gracias—musitó—.Verdaderamente, estoy cansado.

— ¿Le trataron mal?

—No; únicamente tengo destrozados los nervios. En Yeu sufrí un bombardeo de aviación estando encerrado por orden del comandante, y aun no me he repuesto del susto.

— ¿Por qué le encerraron?

—El comandante quería saber lo que aquí me ha traído.

— ¡Ah! Perdonará al comandante, ¿verdad, señor Smith? Es un magnífico militar, pero no entiende gran cosa respecto a la forma de tratar a sus prisioneros. Algo duro, ¿comprende?

Sus ojillos brillaban risueños mientras examinaban al joven. Éste apartó la vista como si se sintiera inquieto, mirando de soslayo a los militares.

—Bien—prosiguió Takamori, pasados unos segundos—. Supongo que tendrá algo que decirme, ¿verdad?...

Smith alzó la cabeza.

¡Oh, no se preocupe!—se apresuró a exclamar aquél—. No tenemos prisa. Ante todo, dígame una cosa: ¿cómo se llama?

Smith sacó su documentación del bolsillo, tendiéndosela al general. Éste la rechazó con un gesto.

—No, por favor; no me ha entendido. Pregunto simplemente su verdadero nombre. Ya sé que figura en sus papeles con el de James Smith.

—Ese es mi nombre, general.

— ¿Smith?

—Sí, Smith Bauer; mi madre era alemana.

— ¡Ah!

—Pero me pareció prudente llamarme Smith a secas.

Entornó los párpados. A su alrededor se había hecho un silencio, y el joven creyó percibir cierto movimiento en los hombres que se le habían aproximado, como si la tensión a que estuvieron sujetos se hubiera relajado en aquel instante. La voz de Takamori le obligó a abrirlos.

— ¿Conocía al capitán Tonne, señor Bauer? Y permita que le llame por este nombre, que me figuro le será más grato.

—No—replicó Smith—. Sousa me habló de él, pero no lo conocía hasta que llegó al campamento de la selva,

— ¿Sousa?

—Sí, nuestro jefe en. Calcuta.

— ¡Ah, ya! Y... ¿qué ocurrió con Kutaka? Él era quien

debía...

—Cayó al principio de atravesar las líneas japonesas. No le volvimos a ver.

El general se levantó. Cambió una mirada con sus hombres. Parecía satisfecho. Aproximándose al joven, preguntó, cambiando de tono y hablando con cierta rapidez que desentonaba notablemente con la parsimonia que hubo empleado hasta entonces:

— ¿Trae algún mensaje?

—Sí.

— ¿Quiere acercarse al mapa?

Al hablar se había dirigido a la pared, y Smith le siguió, al tiempo que los militares le imitaban.

—Vamos—siguió diciendo Takamori—. ¿Cuántas fuerzas atravesaron el Chindwin?

—Un ejército compuesto aproximadamente de veinte mil hombres, al mando del general Wingate.

— ¿Tantos?

Smith afirmó con la cabeza.

—Siga.

—Componen la vanguardia de las fuerzas del mariscal Wavell, el cual se prepara para entrar en Birmania tan pronto como pueda.

¿Quiere indicarme los puntos por donde opera el ejército del general Wingate?

Smith fue señalando en el mapa, los lugares que consideró oportunos, sabiendo que cualquiera de ellos sería bueno para el caso dada la movilidad de las guerrillas.

— ¿Cómo abastecen a las fuerzas?

—Por el aire. Hay establecidas bases aéreas a lo largo de la costa de Bengala, y la R. A. F. se ha visto reforzada en los últimos días por fuertes formaciones de bombarderos pesados tipos “Wellington” y “Halifax”; también he visto “Lancaster” de ocho plazas y “Libarator” norteamericano de diez.

Takamori volvió la vista hacia el joven, clavando en él sus

ojillos.

Tenía entendido—replicó, escrutando el rostro de Smith—que la base principal radicaba cerca del Himalaya, en Assam para ser más precisos.

Se equivoca. En Assam no hay nada, fuera de algunos aparatos. La flota aérea está distribuida a lo largo de la costa, esperando órdenes.

— ¿Preparan algún desembarco?

—Lo ignoro.

— ¿Qué le dijo el capitán Tonne?

Que convendría, en vista de las circunstancias, esperar que los ingleses estuvieran dispuestos a lanzar la ofensiva y se acumularan fuerzas en el interior, agrupándolas en puntos estratégicos. Inglaterra confía pillar desprevenido al Japón, dada la lucha que éste sostiene en China, y no le sería difícil al Mikado sorprenderles. Además...

— ¿Qué?

—La situación del capitán Tonne no está muy clara.

— ¿Qué quiere decir?

Takamori se había acercado a él y clavaba en Smith una mirada dura.

—Quiero decir que se sospecha del capitán. Su comandante no le pierde de vista y cada vez se hace más difícil la labor que lleva a cabo. Me ha ordenado que me ponga al habla con Berlín por medio de los agentes que se hallen en Mandalay, por si tuviera él algún tropiezo. En pocas palabras: me ha dicho que pida al O. K. W. envíe un nuevo agente a la India. Podría reemplazarle a él en las funciones del interior y servir de enlace con Calcuta y el frente. Las noticias serían más rápidas y no las recibiría con tanto retraso. Sousa debe tener dificultades.

—Las tiene.

La puerta se había abierto para dejar paso a Hilde, y ésta avanzaba al encuentro de ellos. Sus grandes ojos verdes tenían un brillo especial y una desdeñosa sonrisa revoloteaba en sus

bellos labios. Takamori salió a recibirla, y los militares se inclinaron con ceremoniosa cortesía. Smith se la quedó mirando, y al ver que nadie parecía hacer caso de él, se dejó caer en una silla próxima, mientras bostezaba.

Hilde pasó por entre el grupo de los militares, acercándose a Smith, a quien lanzó una mirada inquisitiva. Luego se volvió al general.

— ¿Quién es ese hombre ?—pregunto, indicando al joven con la barbilla.

—Un enviado del capitán Tonne, Hilde; acaba de llegar...

Ella volvió los ojos para mirar de nuevo a Smith.

—¿Estaba usted enterado de que ha sido detenido el agente Sousa?—preguntó a éste.

Él joven pareció que iba a saltar de la silla, pero luego se le vio hundirse más en ella, como asustado.

—No...—balbució—. Es la primera noticia que tengo.

Takamori y los jefes que con él estaban clavaron sus ojos en el rostro de Smith, y pasados unos segundos, se volvieron a ella.

Hilde sacó un radiograma del bolso y se lo tendió al general.

Lea—dijo—. Lo acabo de recibir vía Pekín en este momento.

Aquél tomó el papel de manos de la joven. Leyó.

“Sousa, arrestado. Trasládese Calcuta.
Establezca contacto “T”. Comunique.

“H”

Takamori devolvió a Hilde el papel. Sus ojos se habían achicado.

— ¿Qué significa esto?—preguntó.

—Significa, general, que no hay tiempo que perder. Si los ingleses logran hacer hablar a Sousa, habremos perdido el terreno ganado. He de ponerme en camino cuanto antes,

— ¡No! Usted no se irá de Birmania. Comunicaré con Berlín y...

— ¡General!—recriminó ella—. Se lo prohíbo en absoluto. Sé perfectamente cuál es mi obligación. La menor indicación por su parte al O. K. W. significaría mi baja en el Departamento. La organización necesita obediencia y sacrificio, y estoy dispuesta a la una y a lo otro.

Dirigió sus miradas a Smith, quien parecía haberse quedado dormido, y, golpeándole con el radiograma en la cara, exclamó, bruscamente:

¡Imbécil! ¿Tanto sueño tiene aún? ¡Abra los ojos hombre! No es preciso que duerma. Ya lo hará en el momento oportuno.

El joven se alzó pesadamente, quedando de pie frente a Hilde, quien le miraba con desprecio.

— ¿Qué órdenes le dio el capitán?...—preguntó, mientras le taladraba con la vista.

Smith parpadeó durante unos instantes.

—Que me pusiera en contacto con los agentes de Mandalay.

—Seña.

— ¿Brides? (¿Hermanos?)—inquirió él rápido en alemán.

—Frei. (Tres)—repuso Hilde en el acto, dando la contraseña.

El joven sonrió,

—Gracias, señorita—dijo—. Créame que no sabía cómo ponerme en contacto con ustedes.

— ¿Cuándo tiene que volver a la India ?—preguntó ella, adusta, mirándole de arriba abajo

—Pues...

—Acabemos. Váyase a un hotel y duerma. Nos pondremos en camino en breve. ¿Tiene dinero?

Smith negó con la cabeza.

—Tome.

Sacó unos billetes del bolso y se los dio. Luego se volvió a

Takamori.

—General—añadió dirigiéndose a éste—. Necesito un salvoconducto para atravesar las líneas. Espero que me complazca.

Takamori iba a protestar, pero Smith se le anticipó.

— ¡Cómo!—exclamó en el colmo de la sorpresa—. ¿Quiere usted decir...?

Hilde le envolvió en una fría mirada a la vez que sonreía con sarcasmo.

—Señor; —replicó con dureza—no me agradaría recordarle que quien manda soy yo. Sí; —prosiguió al cabo de unos segundos—me acompañará usted a la India y no olvide que el Reich no perdona a los cobardes ni a los traidores.

El joven se irguió como si hubiera recibido una bofetada en pleno rostro.

—De acuerdo—repuso—. Si quiere usted ir al infierno nada me importa. Lo que siento es tener que acompañarla. No soy partidario de las mujeres en la guerra.

Takamori creyó llegada la ocasión de intervenir.

—Bauer tiene razón—dijo—. No es preciso que se exponga de esa manera.

— ¿Usted cree, general?—preguntó Hilde.

—Desde luego. La misión que le han encomendado no es propia de su sexo y menos de usted. Cualquier otro...

Ella le cortó en seco.

— ¡Basta, general! El “Führer” necesita de todos y yo no he venido a Birmania para contemplar los elefantes. Si ese hombre tiene miedo—y al decirlo indicaba con el gesto a Smith— puede quedarse en Mandalay... el tiempo que le quede de vida.

—No tengo miedo, señorita—replicó el joven mirando con insolencia a Hilde—. Acompañaré a usted sí así lo quiere, pero no me dijeron en Calcuta que tendría que hacer la guerra en compañía de una mujer. Vuelvo a decir que no me gusta el programa.

— ¿Se niega a obedecerme?—indagó ella, agresiva.

—No. Procuraré olvidar su condición femenina. Esto es todo.

Takamori se aproximó a Smith. Sus ojillos relucían de cólera.

— ¿No sabe tratar a una dama, señor Bauer?—dijo—. Lamentaría mucho tener que enseñárselo.

El joven, irritado en grado sumo, contempló al general y luego a Hilde, quien le volvió la espalda despectiva. Luego caminó hacia la puerta inclinándose ante ella al pasar como si hubiera podido verle. Takamori hizo una seña a uno de los militares y este se apresuró a seguir a Smith poniéndose a su lado. Cuando iba a salir, Hilde le contuvo.

—Escuche— ordenó—. Convendría, si me ve en el motel, que no me dirigiera la palabra. Cuando yo tenga necesidad, de hacerlo, se lo haré saber por medio de mi criado.

El la miró un segundo y volvió a inclinarse en señal de acatamiento. En sus labios había vuelto a aparecer la sonrisa y sus ojos adquirieron un tono burlón que trató de ocultar entornando los parpados. Ahogó un bostezo y salió a la calle en compañía de uno de los jefes del ejército japonés.

CAPÍTULO VI

Cuando Smith salió del cuarto que ocupaba en el hotel a que lo llevaron, era de noche. Había dormido como un lirón y se encontraba totalmente restablecido del cansancio.

Bajó al vestíbulo. Por todas partes no vio más que oficiales y jefes del ejército japonés que le miraban con cierta curiosidad aunque sin llegar a importunarle. Sin duda todos ellos sabían de antemano su presencia en aquel establecimiento público y tendrían órdenes para que le dejaran tranquilo. A pesar de ello no dejaban de observarle y tantos ojos mirando más o menos disimuladamente en la misma dirección estuvieron a punto de destrozar los nervios del joven.

Europeos no se veía uno. Los empleados del hotel sonreían a Smith cada vez que se lo tropezaban y le hacían mil zalemas. Cansado de sufrir tal examen, salió del hotel dirigiéndose sin rumbo por las calles de la ciudad.

Llevaría andado bastante trecho Cuando se le ocurrió volver la cabeza. Un japonés pequeñito, cuya mirada se cruzó con la suya un instante, se ocultó rápidamente entre el gentío. Smith sonrió. Le seguían.

Abriéndose paso con los codos entre los viandantes, apresuró la marcha dispuesto a despistar a su perseguidor. Éste la aceleró igualmente realizando verdaderos esfuerzos

para ello, ya que la multitud que poblaba las aceras era enorme y parecían confabulados para impedir el paso del japonés. Los birmanos que se tropezaban con el joven lo miraban con sobresaltados ojos y expresión de asombro infinito. Patrullas del Mikado recorrían las calles y unidades motorizadas ligeras rodaban por la calzada ocupada por soldados con casco y fusil. Algunas de ellas llevaban ametralladora.

Smith continuó avanzando. Disimuladamente se volvía para mirar al hombre que iba detrás de él, el cual se rezagaba continuamente. Dentro de poco se vería libre de su persecución enojosa. Decidido a ello torció por una callejuela y de pronto se vio rodeado por una patrulla. Los soldados le apuntaron con los fusiles dirigiendo a él sus bayonetas. Un japonés con ojos de fuego, el jefe a no dudar, se le acercó sin dejar de apuntarle. La muchedumbre se apartó presurosa y el joven frunció el ceño.

Se había olvidado del uniforme que llevaba al salir del hotel. Era natural que le detuvieran. El japonés pronunció unas palabras que Smith entendió perfectamente aunque por la cara que puso demostraba lo contrario. Aquél dio una orden y con el fusil le hizo señas para que echara a andar. Se lo llevaban detenido. El joven maldijo su torpeza. Se encogió de hombros finalmente y se dispuso a seguirles.

En aquel momento se abrió paso por entre el círculo de soldados el japonés que le había seguido y aproximándose al jefe de patrulla, murmuró unas palabras. Éste se cuadró y se apartó unos pasos. Dio una orden a los suyos y continuaron la marcha por la calle como si tal cosa.

Smith se quedó mirando al hombre que había intercedido tan oportunamente a su, favor. El japonés sonrió suave mientras clavaba en él las pupilas.

Perdón, señor Bauer—dijo en un inglés medianamente pasadero—. ¿Tendría la bondad de regresar al hotel? Mandalay no es una ciudad a propósito para recorrerla de

noche. ¿Busca, algo?

—No—replicó el joven correspondiendo a la sonrisa—. Únicamente quería pasear.

— ¿Y por eso corría tanto?

No, pero me molesta la gente y aquí hay mucha. Sentía la necesidad de verme solo. Por eso abandoné el hotel.

—Lo lamento, señor; pero insisto en que vuelva. Podrían detenerle de nuevo y no estar yo cerca para impedirlo. ¿Comprende?

La sonrisa se había agudizado en la boca del japonés como si adivinara los propósitos del joven. Éste hizo como si no hubiera calado la intención interpretando las palabras a su manera.

¡Ya!—dijo—. Me había olvidado que voy con el uniforme inglés y es justo lo que dice. Gracias por el favor que acaba de prestarme.

— ¡Oh, no tiene por qué darlas!

Smith volvió sobre sus pasos no sin hacer antes un saludo a su interlocutor que fue correspondido con una ligera inclinación de cabeza.

Despacio y maldiciéndose interiormente se dirigió al hotel. Aunque no se volvió, estaba seguro de que el japonés seguía sus pasos como si fuera su sombra, pero en medio de todo se alegraba de haber salido. Ta sabía a qué atenerse. Estaba bajo observación y no le dejarían en paz mientras no hubieran comprobado la información que dio a Takamori.

Llegó al hotel. La animación era grande y vio algunas caras que le parecieron conocidas. Sin duda eran las mismas que viera antes. Penetró en uno de los salones dispuesto a tornar algo colocándose frente a la puerta. A los pocos segundos vio entrar al japonés que le había seguido y que pasó junto a él como si no le hubiera visto en su vida.

Smith entornó los ojos y sacó un cigarrillo. Pidió al empleado que acudió a servirle, un refresco y se acomodó lo mejor que pudo. Por el rabillo del ojo observaba a su

alrededor tomando nota de los rostros que tenía cerca y de las conversaciones que oía. Nada le pasaba por alto.

De pronto hizo un esfuerzo por dominarse consiguiéndolo a medias. Un hombre acababa de acercársele sin que lo hubiera notado y se detenía junto a él. Era un birmano. Se había deslizado hasta su mesa silenciosamente aprovechando un descuido del joven, quien no oyó el leve roce de los pies desnudos sobre el suelo. Alzó la vista y se quedó mirando al intruso. Éste clavó en él sus negras pupilas y haciendo una reverencia dijo en inglés:

—Mi ama le espera.

Smith comprendió al punto. Sin pronunciar palabra se levantó dispuesto a ir tras el desconocido criado. Llegaron al vestíbulo. Cruzaron éste y entraron en otro de los salones. Smith volvió la cabeza para ver si eran seguidos. En efecto. El japonés de antes no le perdía de vista. Se encogió de hombros y continuó andando. Su acompañante se dirigía a una mesita sentados a la cual se hallaban Hilde y Takamori. El general clavó en él sus ojillos y sonrió; ella despidió con un gesto al birmano y volvió sus verdes ojos a Smith. La mirada que puso en él no era nada afable.

—Siéntese, Smith dijo—. Tenemos que hablar.

El joven tomó asiento en una silla próxima.

— ¿Ha dormido bien?

Hilde le hablaba en un tono sumamente despectivo. Él la contempló durante un segundo, al tiempo que observaba a Takamori. Éste sonreía como si le divirtiese la escena.

—Si— repuso Smith a poco—. He dormido todo lo bien que se puede en estos sitios plagados de infectos, de reptiles y de pájaros. ¿Por qué lo pregunta?

Hilde sonrió cambiando una mirada con el general.

—Porque... esta madrugada nos pondremos en camino para la India. ¿Está dispuesto?

—Siempre lo estoy.

Conforme. Siga a mi criado. Darma le llevará a cierto

bungalow donde pasará la noche hasta que vaya a reunirme con usted. ¡Ah! Y no se duerma.

Smith sonrió irónicamente mientras se levantaba. Hizo un saludo y se alejó precedido por el birmano. Takamori cambió una imperceptible seña con el japonés que seguía al joven y excusándose ante Hilde abandonó la mesa. Segundos después volvía a entrar en el salón.

— ¿Está decidida a abandonar Mandalay, Hilde? — preguntó apenas hubo tomado asiento.

—Sí, general. Mi decisión es irrevocable.

— ¿Sabe a lo que se expone?

—Lo sé.

—Y... ¿a pesar de ello,..?

—A pesar de ello.

—Bien, no tengo nada más que decir. Usted sabe perfectamente que me contraría. Mi deseo fuera que se quedase conmigo, pero... ¡quién sabe! Aun no se ha marchado.

— ¿Qué quiere decir, general? ¿Supongo que no pondrá impedimento alguno a mi marcha?

El japonés sonrió.

—Le confieso, Hilde, que daría cualquier cosa por evitar que saliera usted de Birmania.

—Lo sé y se lo perdono—dijo ella.

Sonrió al general y éste la cogió una mano que retuvo unos instantes entre las suyas sin que Hilde hiciera por retirarla.

Takamori murmuró a su oído.

— ¿Quiere quedarse?

—No—repuso la joven libertando la mano. Y añadió al cabo de unos segundos: — ¿Me ha traído el salvoconducto que le pedí?

—Sí, aquí lo tengo—replicó él.

—Démelo.

— ¡Oh! ¿Por qué tanta prisa? Cenaremos en su habitación y cuando me retire se lo entregaré. Esta noche quiero pasarla a su lado.

—Sería mejor para los dos que me entregara el salvoconducto ahora, general; la separación sería menos doloroso.

—Para mí lo será igual de todas maneras, Hilde, se lo aseguro.

—Bien, ya que usted lo quiere, cenaremos juntos.

—Así me gusta. Prometo hacerle pasar un rato agradable.

—Yo no le aseguro tanto.

¡Bah! No es preciso que me lo asegure. Desde el momento en que va a estar a mi lado me parecerá una noche maravillosa.

— ¿Usted cree, general?

—Sí, Hilde; será una noche maravillosa como le he dicho.

Más vale que lo crea así; no quisiera que se llevase una decepción.

—Con usted imposible.

Ella entornó los párpados mirándole a través de las pestañas, Takamori cogió su mano de nuevo mientras se le encendían las pupilas.

—Vámonos, Hilde—rogó sin disimular su impaciencia—. Estaremos mejor en sus habitaciones.

Ella apartó la mano para sacar un cigarrillo. El general se apresuró a encendérselo y durante varios minutos fumó incansable envolviendo a Takamori en las azules volutas de humo que se desprendían de sus labios. Al fin y a punto de consumirlo chispearon sus pupilas. Darma acababa de aparecer a la entrada del salón. Se volvió sonriente al general y aplastó el cigarrillo en el cenicero... Takamori se levantó apresuradamente a retirar la silla que ella abandonaba en aquel instante. Echaron a andar con dirección a la puerta. Al pasar por delante de Darma, preguntó Hilde al birmano:

— ¿Todo bien?

Aquél se limitó a afirmar con la cabeza y siguió tras ellos deslizándose por el pavimento como una serpiente.

Smith, tan pronto como se hubo marchado Darma en el auto con que le condujo, examinó el lugar en que se encontraba. Era un magnífico bungalow perteneciente a alguna familia inglesa que tuvo que abandonar el país para refugiarse en la India como consecuencia del avance nipón. El mobiliaje era sencillo pero cómodo y el edificio constaba de varias habitaciones que se comunicaban entre sí. Cuando lo hubo recorrido todo salió a la puerta.

El bungalow se hallaba situado al sudeste de la ciudad, en las afueras, y la carretera de Birmania quedaba un poco a la izquierda de donde aquél estaba instalado. A la derecha y más lejos pasaba el ferrocarril que le llevó desde Shwebo hasta, Mandalay. La obscuridad era absoluta en aquella parte y hasta él llegaban los ruidos de la selva y el penetrante aroma de las flores.

Sacó un cigarrillo y se disponía a encenderlo cuando un ligero ruido le sobresaltó a sus espaldas. Volvió a guardarlo en el paquete y esperó. El ruido había cesado. Con los músculos en tensión y la mirada alerta inició un paseo por los alrededores como si estuviese totalmente aburrido.

Al llegar a las proximidades de unos arbustos que rodeaban el bungalow creyó ver unos puntitos luminosos y le pareció reconocerlos por la forma. Eran las pupilas de unos ojos semejantes en la noche a las de los felinos aunque de distinto color. El joven sonrió mientras se acercaba.

Su perseguidor del hotel le había seguido. Dispuesto a todo al ver que los puntitos luminosos desaparecían ocultándose al aproximarse él a los arbustos, se paró frente a, ellos y luego lentamente dio la vuelta como si fuera a proseguir el paseo. Al instante de hacerlo una sombra surgió de la maleza saltando hacia él.

Smith se volvió rápido a la vez que hacía un fantástico esguince. Su agresor, el japonés que había supuesto, estaba

ante él empuñando un cuchillo. Con pasmosa agilidad saltó de nuevo sobre el joven dispuesto a hundirle el arma, pero una mano de hierro sujetó la suya por la muñeca al tiempo que le goleaba ferozmente entre los ojos. El japonés soltó el cuchillo agarrándose al joven. Era sumamente vigoroso y dominaba, el jiu-jitsu a la perfección. Durante varios minutos lucharon ambos como fieras propinándose contundentes golpes que sonaban secos como disparos. Smith, decidido a sacar la ventaja que su corpulencia le proporcionaba para la lucha con un enemigo de menor peso, atacaba sin cesar y sus demoledores golpes aturdían al japonés sin que por ello éste dejara de emplearse a fondo utilizando todos los trucos imaginables.

Una hábil zancadilla dio con Smith en tierra y los ojillos del nipón relucieron al ver disminuida la ventaría del joven. Rápidamente lanzó sus dedos contra los ojos de éste y al ver fallido el golpe repitió con otro a una velocidad increíble. Smith replicó con un formidable crochet pero no pudo evitar que su contrario se le escurriese por debajo del cuerpo tratando de hacer presa.

El joven, encorajinado por la resistencia del japonés y deseando terminar pronto, le aplicó un poderoso golpe de derecha en la boca que lanzó al hombrecillo al suelo como si fuera un pelele. Las manos del nipón se afirmaron al caer para incorporan y una de ellas se tropezó con el cuchillo. Una sonrisa de triunfo brotó de sus labios y con él empuñado se lanzó de nuevo contra Smith. Éste le dejó llegar. Luego, y antes de que aquél hubiera podido darse cuenta de lo que sucedía, lo levantó en alto arrojándolo contra el suelo como a una pelota. Por fin retorció despiadadamente la mano que sujetaba el cuchillo.

El japonés quiso hurtar el cuerpo pero no le fue posible. Se agitó durante unos segundos, abrió la boca para respirar, los ojos parecieron saltársele de las órbitas y un borbotón de sangre le subió por la garganta derramándosele por los

entreabiertos labios. Sus pupilas perdieron brillo tornándose nubosas, un estremecimiento le sacudió de la cabeza a los pies y quedó inmóvil en tierra.

Smith se levantó. Arrancó el cuchillo de la herida y lo limpió en las ropas del muerto. Luego arrastró a éste hasta los matorrales donde anteriormente estuvo, dejándolo allí. Volvía al bungalow cuando retrocedió de nuevo.

Al regresar de los matorrales llevaba una pistola en la mano. Rápidamente y seguro de que no le vigilaba nadie más se adentró en las sombras. Recordaba haber visto, antes de llegar allí, un puesto militar pequeño junto a la vía férrea. Seguramente estaría poco vigilado. Necesitaba obrar sin pérdida de tiempo si quería encontrarse en el bungalow cuando llegara Hilde. Procurando no hacer ruido se adentró en la espesura hasta llegar a las proximidades del puesto militar.

Un soldado estaba de centinela con el fusil al hombro. Con el fin de distraerle tiró unas piedrecitas a unas matas que se hallaban a su izquierda mientras se deslizaba como un reptil por el lado opuesto. Su truco dio resultado. El japonés suspendió el paseo que daba permaneciendo con la vista fija en el lugar de donde creyó que provenía el ruido.

Smith repitió el juego otra vez. El soldado empuñó el arma y se acercó unos pasos. Cuando quiso volverse era tarde. Algo le golpeó en la nuca y abriendo los brazos soltó el fusil que cayó sobre la hierba.

El joven volvió a golpearle para que no despertar.

Era una construcción pequeña hecha con cañas de bambú y en su interior se apilaban algunas armas y cajas de municiones. Al convencerse de que allí no había nadie más que el soldado a quien inutilizó volvió junto a él transportándole juntamente con el arma. Dejó al japonés en el suelo con el fusil al lado y examinó las armas y las cajas que allí había. Vio algunas bombas de mano y se puso dos en el cinturón. Luego destapó unas cajas de dinamita.

Improvisó una mecha y la colocó de forma que no pudiese ser vista pasando uno de los extremos por las rendijas que ofrecía el tabique, de bambú. Sus ojos se fijaron en un fusil y relampaguearon al verlo. Se trataba de un “Reising”, el maravilloso y barredor fusil ametrallador de calibre 045 (11,4 mm.) utilizado por los paracaidistas norteamericanos y que habría llegado allí quién sabía cómo. Lo acarició entre las manos mientras examinaba la recámara. Estaba cargado. Se llenó los bolsillos de peines con proyectiles del mismo calibre y tomó unos cartuchos de dinamita. Lanzó una mirada al japonés. Continuaba dormido.

Salió fuera. Dio la vuelta a la construcción hasta dar con la mecha que había dispuesto y tiró de ella cuanto pudo dejándola preparada para prenderla fuego. Lo hizo al tiempo que se alejaba. Con el fusil en las manos sujeto a la cadera a estilo gángster, se metió en la espesura.

Llevaría andado unos metros cuando le pareció oír ruido de voces. Arrastrándose silenciosamente se aproximó. Ocultos entre los árboles le pareció ver unos bultos gigantescos camuflados con ramas. Eran tanques. Habría treinta o cuarenta o quizá más. Sin dejar de arrastrarse por entre la hierba se fue aproximando.

Los japoneses carristas se hallaban formando círculo en el centro de un claro donde ardía una hoguera. No habían puesto vigilancia creyéndose seguros. Se deslizó a lo largo de los tanques examinándolos uno por uno. Un camión enorme se encontraba entre ellos. Levantó el toldo por la parte de atrás y sus pupilas brillaron. Estaba cargado hasta los topos de municiones. Era lo que necesitaba. Arregló una mecha que ató a uno de los cartuchos de dinamita y la puso dentro prendiéndola fuego después.

Volvió sobre sus pasos alejándose velozmente. Esperaba de un momento a otro que hiciera explosión y no le convenía encontrarse por aquellos alrededores. Avistaba el bungalow cuando una detonación terrible llegó a sus oídos. El puesto

militar de la línea férrea volaba por los aires. Un inmenso clamoreo de voces se alzaron en la noche y oyó detrás de él carreras y gritos. Los soldados japoneses habían dado la alarma. Segundos más tarde el bosque pareció arder por los cuatro costados y a una violentísima explosión se sucedieron otras y otras.

El camión de municionamiento de los carros de asalto nipones se había hecho añicos y los tanques explotaron a su vez. Llamaradas rojas y amarillas se elevaban a lo alto y el bosque parecía una inmensa hoguera. Alcanzaba ya el bungalow cuando le pareció oír un lejano zumbido de motores que se aproximaba. Se detuvo a escuchar. El zumbido adquiría por segundos mayor volumen. De pronto lo oyó sobre su cabeza. Eran aviones. ¿De quién? ¿De la R. A. F. o del Imperio nipón? La respuesta no tardó en llegar a sus oídos por medio de un silbido penetrante que le hizo sonreír a la vez que apretaba el paso.

La aviación inglesa había entrado en juego.

* * *

Takamori esperó a que Darma se hubiera retirado llevándose la vajilla que utilizaron para la cena. Entonces se alzó de la silla aproximándose a Hilde. Los ojillos le brillaban. Ella se levantó sonriente.

— ¿Qué, general, cenó bien?

— Sí, Hilde, ha sido una cena inolvidable—repuso al llegar a su lado.

— Lo celebro. También yo me encuentro satisfecha.

— ¿De veras?

Sonrió ella a Takamori haciéndose a un lado para evitar que él la enlazara por la cintura mientras le amenazaba con el dedo.

— ¡Por favor, general!—exclamó sin dejar de sonreír—. Darma podría entrar en cualquier momento.

— ¿Y qué?—preguntó Takamori avanzando de nuevo—. Se le despidió.

— ¡Oh, no es tan fácil como se figura! Ya le dije en otra ocasión que Darma está enamorado y...

—También lo estoy yo, Hilde, ¿no lo sabe?

—Sí, pero usted es de distinta forma, general; su amor...

Él la interrumpió precipitadamente.

—Mi amor es quizá lo único bueno que haya en mí. La quiero a usted y...

Trató de abrazarla pero ella se escabulló de nuevo.

— ¡Vamos, general!—reprendió suave mirándole con los párpados entornados—. Ustedes los orientales tienen fama de saber dominar sus instintos y sus pasiones. ¿No es así?

Takamori se acercó de nuevo.

—A veces, Hilde; otras...

Había llegado junto a ella y le pasó la mano por la cintura.

General dijo Hilde—, Aun no hemos terminado la cena como es costumbre en casos como éste. ¿Es posible que lo haya olvidado?

Le miraba fijo a los ojos y el japonés titubeó.

— ¿Qué quiere decir?

—Simplemente que no hemos hecho los brindis.

Se apartó de él y llegándose a la mesa escanció de una botella en las copas que allí había. Ofreció una al general tomando ella otra que chocó con la de aquél antes de llevársela a los labios.

—Por el Japón, general.

—Por usted, Hilde.

Bebieron. Ella se había acercado a un diván y se dejó caer en él. Takamori la siguió.

—Bien, general—dijo la joven cuando le tuvo sentado junto a ella—. Espero que me dará el salvoconducto, ¿no es esto?

— ¡Bah, Hilde! ¿Quién piensa ahora en semejante cosa? Lo único que me interesa en estos momentos es saberme a su

lado y mirarse en sus ojos. Lo demás...

—A usted sí, general; pero yo no me encuentro en su caso y necesito pensar en Alemania. He de ponerme en camino esta misma noche como no ignora y no me agradecería tener contratiempos.

Sus ojos relampaguearon al decir:

— ¿O es que me ha mentido al afirmar que traía el salvoconducto?

El japonés sonrió mientras pasaba un brazo por detrás de ella.

No, Hilde; no le he engañado a usted. Tengo el salvoconducto.

— ¿Dónde?

La joven se dejaba estrechar sin ofrecer resistencia mientras buscaba en los bolsillos de la guerrera de Takamori. Éste continuaba sonriendo a la vez que la aproximaba más y más. Por fin ella sacó un papelito doblado y se apresuró a leerlo. Él aprovechó la ocasión para besarla. Hilde se puso de pie librándose del abrazo.

—General—dijo—no debió usted haberlo hecho.

— ¿Por qué no?

Takamori se había puesto de pie como ella.

—Porque no está bien, general; se olvida de todo cuando está conmigo y comete sin saberlo una falta grave. Nos debemos a nuestros respectivos países y la guerra es lo primero. Después...

Hizo un gracioso mohín lleno de coquetería y entornó los párpados mientras su mano se hundía en el escote depositando allí el salvoconducto.

—...después—continuó—habrá lugar para lo que sea preciso.

El japonés había vuelto a aproximarse a la joven y sus ojillos relucían a la vista de tanta belleza.

Después no, Hilde—replicó cogiéndola bruscamente por la cintura—. Ha de ser ahora.

Ella tensó el cuerpo y se quedó mirando al general. La sonrisa había desaparecido de su boca y sus verdes ojos adquirieron un fono oscuro.

— ¿Qué quieren significar sus palabras, general? Temo no haberlas oído bien.

Takamori, sin deshacer el abrazo, murmuró:

—Quiero decir, Hilde, que no puedo pasarme sin usted y es necesario que sea mía.

— ¿Suya?—rió sarcásticamente mientras se soltaba con un violento tirón—. Me parece que se ha vuelto loco, general Takamori. En un principio creí que me hacía el amor de veras y que pensaba hacerme su mujer... cuando terminara la campaña. Ahora veo que me había equivocado al juzgarle. Usted no quiere más que mi belleza y esa no la tendrá. Saldré de Birmania ahora mismo.

El japonés avanzó hacia ella. Los ojillos le reían.

—No saldrá de Birmania, Hilde—repuso suave—. No la dejaré salir por más que lo pida. De nada le valdrá ese salvoconducto si yo ordeno que no la dejen cruzar las líneas y es lo que haré cuando abandone sus habitaciones. Por lo demás tampoco podría ir sola.

— ¿Qué quiere decir?

—Sencillamente que dije unas palabras a cierto hombre cuando Darma salía acompañado de su compatriota Smith y dudo mucho que éste pueda ir con usted a la India.

— ¿Ha sido usted capaz de eso?

— ¡Oh! Aun no sabe de lo que es capaz un oriental por conseguir ciertas cosas. ¿Le sorprenda, Hilde?—sonrió—. También yo creí que usted conocía mejor a los japoneses.

Se había acercado a día. Ya no era el japonés correcto y educado que conociera la joven. Era un hombre dominado por la pasión y por la lujuria, un hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido. Sus ojillos oblicuos se habían achicado y semejaban dos rayitas que despedían extrañas fosforescencias.

Hilde retrocedió asustada. Trató de ganar la puerta, pero Takamori se lo impidió cerrándola el paso.

— ¡Déjeme salir, general!

—Es tarde ya, Hilde; dije que sería mía y lo será. Mañana no tendrá tanta prisa en marcharse,

—Esto es un atropello. Mi país no tardará en enterarse y le costará caro lo que haga. ¿No comprende lo que esto significa?

—Sólo comprendo que estamos solos en sus habitaciones, que Birmania pertenece al Japón y que Alemania está muy lejos. Es difícil que el Reich llegue nunca a enterarle de lo que aquí ha pasado. Por otra parte mi prestigio de general es mayor que el suyo.

—Parece muy seguro de lo que dice.

—Lo estoy. Yo soy un militar, y usted un miembro del O. K. W.

— ¿Y eso?

— ¡Utah! No creo que ignore ciertas particularidades de los agentes femeninos de la Gestapo.

— ¿Qué quiere decir?

Takamori la cogió de nuevo, antes de que ella pudiera retirarse, y respondió, a la vez que la estrechaba entre sus brazos venciendo la resistencia que le ofrecía:

—Quiero decir que las mujeres que se dedican a su profesión suelen emplear ciertas armas para, conseguir sus propósitos, ¿no es cierto? Pues, bien; si lo hace con los ingleses, ¿por qué no hacerlo conmigo? Somos aliados y debemos juntar nuestras fuerzas, ¿comprende?

Hilde abrió los ojos, espantada, mirando al general. Sus manos se movieron con rapidez, abofeteándole.

— ¡Miserable!—exclamó.

Takamori apretó los dientes crispando las mandíbulas. Sus ojos despidieron fuego. Ella se había soltado y retrocedía hasta la alcoba. Al llegar al lecho se detuvo. El japonés entró detrás, cerrando la puerta a sus espaldas. Avanzó despacio, y

como una fiera se echó sobre la joven tratando de dominarla. Ésta aguantó procurando mantenerse firme, mientras con la mano derecha oprimía un botón colocado en la pared.

No habría transcurrido un segundo, cuando la puerta se abrió de nuevo silenciosamente, y Darna apareció en el umbral. Sus ojos lanzaron llamas y con pasos felinos se aproximó al grupo que ofrecían Takamori y su víctima. Se le vio alzar el brazo. Un relámpago pareció rasgar el aire, y el cuchillo que empuñaba se enterró hasta el mango en la espalda del japonés. Éste sufrió un atroz estremecimiento. Aflojó la presión que ejercía sobre el cuerpo de Hilde, y se incorporó, lívido. Trató de decir algo mientras miraba con angustiosa cólera a la joven y se desplomó al suelo de rodillas. Allí se le vio encogerse, sufrió una convulsión terrible, y cayó de costado. Había muerto.

En el mismo instante se oyó una tremenda explosión, Hilde y el birmano se contemplaron mutuamente. Una nueva explosión, mayor aún, si cabe, se dejó oír, seguida de otras más, y casi en el acto llegó hasta ellos el ruido de motores produciendo un mosconeo inaudito. El hotel se pobló de voces. Gritos en japonés, y carreras. Dominándolo todo, el estridente silbido de una bomba.

Hilde se precipitó hacia la puerta.

Vamos, Darna; no hay tiempo que perder.

Seguida del birmano se dirigió por el pasillo a las escaleras, deseando salir cuanto antes. La confusión en el hotel era enorme. Nadie se entendía. Llegaron a la calle sin que se hubieran fijado en ellos. Corrieron como locos. Los aviones de la R. A. F. descargaban sus mortíferas bombas, y la noche se poblaba de ensordecedores ruidos, olor a pólvora y gritos de agonía.

Los reflectores japoneses lanzaban sus haces de luz al espacio buscando al enemigo, y los antiaéreos donaban en la noche enviando a las alturas sus granadas, que se abrían al estallar como rosas anaranjadas y amarillas envueltas en

humo.

Un silbido cercano les obligó a detenerse buscando refugio en un hueco próximo. Sonó una horrible explosión, y el hotel que terminaban de abandonar se fue abajo con estruendo. Una bomba de 450 kilos acabó con él en cuestión de segundos.

Abandonaron su escondrijo y continuaron la carrera dirigiéndose al bungalow. En la ciudad reinaba la locura. Los soldados nipones iban de un sitio para otro, disparaban sus fusiles y ametralladoras sin saber dónde, y la población civil corría asustada camino de la selva.

Hilde y el birmano prosiguieron su marcha apartándose de los lugares céntricos. No tardaron en llegar a las afueras de Mandalay y aceleraron la carrera deseando hallarse pronto en el bungalow. Antes de llegar a él, una sombra surgió ante ellos. Era Smith. La joven sonrió al acercársele. Había temido que le hubiera podido suceder algo.

Hizo un gesto a los dos hombres para que la esperaran, y ella continuó corriendo hasta el bungalow, dentro del cual permaneció durante unos minutos. Cuando salió fuera llevaba puestos unos pantalones brich, calzaba botas altas, cubría su cuerpo con una camisa de monte con mangas cortas, y se tocaba, con un salacof. A la cintura se veía la funda de una pistola de reglamento.

—¿Dispuestos?—preguntó a los dos hombres.

—Vamos—repuso Smith. Y añadió, poniéndose al lado de ella., llevando en la mano derecha el “Reising”, que no había soltado ni un instante desde que lo cogió: —¿Y el salvoconducto?

—Lo llevo—repuso Hilde, sin dejar de correr.

Hilde sonrió.

¿Takamori? —inquirió él.

—El general Takamori no nos importunará—dijo.

—Estoy segura de ello.

Se habían alejado bastante de la ciudad metiéndose en la selva. El birmano iba delante abriéndoles paso, y cuando

comenzaban a flaquear, llegaron al río. El Irawadi se deslizaba ante ellos con sordo rumor de corriente. Darna buscó durante unos minutos hasta encontrar lo que quería. Una motora que se hallaba oculta entre las matas.

Entre él y Smith lo botaron y ayudaron a Hilde a saltar a ella. Luego lo hicieron los dos hombres. Pusieron en marcha el motor, y la pequeña nave se deslizó río abajo a gran velocidad, dejando a poco a sus espaldas la capital de Birmania, y a la derecha Sagaing. El puente que unía Mandalay con este punto había sido volado y parte de los restos flotaban en las caudalosas aguas que iban a morir en el golfo de Bengala, por Rangoon.

Lejos, en la ciudad, sonaban aún las explosiones de las bombas y el estallido de las granadas. Balas trazadoras surcaban el espacio, y los reflectores proyectaban al mar luminosos rayos de luz que se entrecruzaban en el cielo.

Smith conducía la motora con gran destreza por la amplia, curva que describía el Irawadi hasta Myingyán, procurando evitar los obstáculos que encontrase en el Camino de las aguas.

Llevarían una hora aproximadamente de navegación, cuando vieron que se les acercaba río arriba una motora mayor que la de ellos, en cuya proa un reflector de gran potencia abría su haz de luz en abanico. Continuaron avanzando hasta hallarse a relativa distancia, y entonces, pararon el motor.

Smith se volvió a mirar a Hilde, y ésta le hizo un gesto de asentimiento. No tardaron en divisar sobre la cubierta de la motora que se les aproximaba, las sombras de varios soldados, nipones. Smith echó mano a su “Reising” y esperó, con la vista fija en ellos. La motora militar se les aproximó a un costado y un oficial se asomó a la borda, mientras los que le acompañaban empuñaban los fusiles cuyos cerrojos sonaron con metálico chasquido.

Hilde se incorporó en el asiento. El militar nipón, al ver a

una mujer, sonrió enseñando los dientes. Se llevó la mano a la gorra y saludó sin apartar de ella los ojos.

—Perdón, señorita—dijo—. ¿Quiere decirme dónde va?

Ella sacó el salvoconducto y lo desdobló, poniéndolo en las manos del oficial japonés. Éste le echó una mirada. Luego se volvió a ver a los hombres que iban con ella y al fijarse en el uniforme de Smith, sus ojillos sonrieron comprensivos. Devolvió el salvoconducto a la joven.

—Agente alemán con uniforme inglés—comentó—. No es mala idea.

Hizo una reverencia a Hilde y preguntó solícito:

— ¿Quieren que les acompañemos? Podríamos darles escolta durante cierto tiempo. Así no tendrían dificultades.

—Gracias—repuso ella—. No espero tenerlas. El general Takamori me lo prometió cuando me entregó el salvoconducto.

— ¿Vienen de Mandalay?

—Si.

— ¿Qué ha ocurrido?

—La aviación enemiga. No creo que haya sido nada importante.

Les ojillos del japonés relucieron.

— ¡Malditos ingleses!

Smith había vuelto a poner la motora en marcha, y pronto se apartaron de la ocupada por los nipones.

El oficial japonés saludó de nuevo.

— ¡Suerte!

Hilde le dedicó una sonrisa y agitó la mano despidiéndose de él. No tardaron en perderse en la curva del río. Continuaron durante más de otra hora navegando hasta llegar a Myingyán. Dejaron esta localidad a la izquierda. Llegaron a la desembocadura del Chindvin con el Irawadi, y arribaron a la orilla derecha. Pakokku quedaba atrás. Ayudaron a Hilde a saltar a tierra y abandonaron la motora, empujándola hacia el centro del río. La selva se abría ante ellos. Era de noche, aún,

pero ya las sombras empezaban a tomarse de un color gris que anunciaba el día. Darma se puso a la cabeza, seguido de la joven, y Smith cerraba la marcha con el "Reising" a la carrera. A lo lejos se oían tiros de fusil, de ametralladora y explosiones de bombas de mano. De vez en vez tronaba el cañón.

Darma se volvió a mirarles.

—Japoneses—comentó, lacónico.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, surgieron de la espesura numerosos bultos que les rodearon por todas partes apuntándoles con los fusiles. Eran las tropas del Mikado. Los ojillos de los japoneses brillaban de asombro a la vista de una mujer.

Hilde avanzó hacia ellos hablando en nipón, mientras agitaba el salvoconducto en la mano.

Un hombre se adelantó a su encuentro. Era un teniente. Dio una orden y los fusiles se bajaron, dejando de apuntar. No por eso rompieron el círculo los soldados. Al contrario, lo cerraron por completo.

El teniente se había acercado a la joven y trataba de leer el salvoconducto. Se le vio hacer esfuerzos por conseguirlo a la luz de un fósforo. Al fin lo consiguió.

—Ruego que me disculpe, señorita—dijo en su idioma—. Nuestras fuerzas se hallan acampadas por aquí y les conduciré hasta el jefe que las manda. Él sabrá lo que tiene que hacer.

—¿No es conforme el salvoconducto?

Al japonés le brillaron los ojillos.

—Sí—repuso— naturalmente que es conforme, pero el jefe se podría enfadar conmigo si les dejara atravesar las líneas, sin que él hubiera dado la orden. Tengan la bondad de seguirme.

Hilde reprimió la cólera y esbozó una sonrisa. Smith entornó los párpados, y a Darma le fulguraron las pupilas.

Escoltados debidamente siguieron la marcha por la selva. No tardaron en llegar al campamento.

Disimulados entre la maleza se veían nidos de

ametralladoras y morteros, puestos de observación y baterías de corto alcance. A su paso se apartaban las ramas de banianos y cocoteros, y los vigilantes tiradores que se ocultaban en sus copas se inclinaban por encima de ellos para verlos pasar.

Llegaron a un grupo de gigantescos árboles donde varios hombres se hallaban reunidos. Uno de ellos se incorporó en el suelo levantándose. A su lado, un radiotelegrafista con el casco puesto manipulaba en el aparato de campaña. No lejos de él otro soldado atendía el teléfono.

El teniente se cuadró al llegar junto al hombre que se había incorporado. Habló rápidamente unas palabras y mostró el salvoconducto.

Aquél lo leyó alumbrándose con una linterna.

Se volvió a la joven.

—Señorita—dijo en inglés—; por lo que veo lleva usted una misión arriesgada. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, comandante; me interesa cuanto antes cruzar las líneas. He de llegar a la India con tiempo suficiente para establecer el contacto con los agentes del Reich en Calcuta. Ha sucedido algo grave.

—Comprendo.

Permaneció durante unos segundos observando a la joven y a sus compañeros. Luego indicó a Hilde un sitio junto al tronco del árbol donde él estuvo, y añadió:

—Descanse un poco, ¿quiere? No tardara en ser de día y haré que mis hombres les escolten por la selva. Las avanzadillas están lejos.

Ella atendió la indicación dejándose caer junto al tronco. El teniente se había retirado, y Smith y Darma se sentaron en la hierba. El comandante nipón sacó un cigarrillo que ofreció a Hilde. Esta se lo puso en los labios. El japonés le prendió fuego, haciendo lo mismo con uno que él tomó.

Fumaron en silencio durante unos minutos.

— ¿Viene de Mandalay?

—Sí, comandante.

—Oí bombardeo. ¿Sabe lo que ocurrió?

—Aviones.

— ¿Muchos?

No le puedo decir. Salía en aquel momento de la capital.

¿Tiene pensado lo que dirá a los ingleses cuando se tropiece con ellos?

Es fácil, comandante; el soldado que me acompaña con uniforme inglés es agente alemán encuadrado en las filas del Ejército británico. Lleva documentación inglesa, y él dirá que escapó del enemigo en mi compañía. El birmano que nos sigue confirmará el hecho.

Bien, observo que ha pensado en todo. Duerma un rato, si quiere. La despertaré dentro, de dos horas.

Se había levantado. Hizo una seña a un oficial que se hallaba próximo y se alejaron de allí haciendo un saludo a la joven. Ésta miró a su alrededor. Varios ojillos la observaban en la espesura. Buscó con la vista a Smith y al birmano y les sonrió dulcemente. Luego reclinó la cabeza contra el tronco y se quedó dormida.



El puesto militar de la línea férrea volaba por los aires.

CAPÍTULO VII

Despertó. Alguien la zarandeaba de los hombros. El comandante japonés se hallaba inclinado hacia ella sonriente. Darma y Smith estaban de pie a su lado.

Parpadeo unos instantes.

—Si me hubieran dejado dormir, lo habría hecho todo el día—se disculpó, alzándose del suelo ayudada por el nipón ¡Nunca creí que tuviera tanto sueño!

El comandante trató de justificarse ante ella.

Siento haberle despertado, señorita—dijo; pero es la hora más indicada para lo que intenta. Dentro de poco saldrá el sol y conviene que para entonces se encuentren lejos. Los ingleses podrían verles en unión de mis hombres.

Es cierto, comandante. Lo había olvidado.

El japonés hizo un gesto, y un oficial se adelantó a él.

—Encárguese de que esta señorita y sus amigos puedan atravesar nuestras líneas sin tropiezos. Ya he avisado a las avanzadillas y no tendrá necesidad de dar explicaciones. Llévese los hombres que necesite para el caso.

Se volvió a Hilde con la mano extendida, que ella se apresuró a estrechar.

—Desearé, señorita—siguió diciendo—, que logre sus propósitos. Alemania se lo merece por tener a su servicio mujeres tan valerosas como usted.

—Gracias, comandante; le deseo suerte. La victoria está

próxima.

—Eso creo.

Se inclinó ante ella y se retiró. Unos pasos. Hilde y el oficial iniciaron la marcha precedidos por un grupo de seis soldados con fusil y bayoneta, calada. Detrás iban Smith y el birmano.

Se adentraron en la selva. Smith no dejaba de mirar a un lado y a otro examinando la espesura. Por todas partes creía ver japoneses. De cuando en cuando descubría el brillo de las armas, y alguna que otra vez se apartaron los ramajes para que sus enemigos les vieran pasar. Soldados nipones, con el cascó embadurnado para evitar sobre él el reflejo del sol que pudiera delatar su presencia, o hábilmente camuflado con hojas y ramas, asomaban sus rostros inexpresivos taladrándoles con la vista. La jungla estaba infestada de ellos.

Puestos de lanzabombas y de tiradores provistos armas automáticas modernas; se hallaban disimulados perfectamente y era punto menos que imposible descubrirlos. También vio zanjás cubiertas de ramaje que servían de trincheras a los japoneses, pollas que se escurrían comunicándose entre sí.

El joven, por el rabillo del ojo, se fijaba en todos los detalles, admirándose cada vez más de la astucia que desplegaban los nipones en la selva.

Fueron dejando atrás líneas de soldados... Algunos cañones antiaéreos, con sus servidores al lado, se veían bajo los árboles que los ocultaban. Sonreían aquéllos al paso de Hilde y cambiaban miradas. Por fin, se internaron más y se hizo difícil descubrir a los japoneses emboscados. El teniente dijo unas palabras a la joven que llegaron a los oídos de Smith.

Habían pasado las primeras líneas.

Los soldados que iban en vanguardia extremaron el avance. Llevaban los fusiles a punto de disparar y observaban con sus oblicuos ojos las matas, temerosos de una sorpresa.

Siguieron avanzando. Las precauciones eran infinitas, y el oficial nipón no, quitaba la vista de sus hombres. De pronto

algo se movió en la espesura y se inmovilizaron todos. Se oyó el graznido de un cuervo. Uno de los soldados lo imitó e inmediatamente surgieron más japoneses delante de ellos. Era una avanzadilla que patrullaba por la selva. El oficial cambió unas palabras con el jefe que la mandaba y prosiguieron andando. Pronto la avanzadilla se quedó atrás. La marcha continuó durante bastante tiempo, hasta que dieron vista a un río. Era el Yaw. Amparados en la maleza hicieron alto. El oficial se dirigió a la joven.

—Señorita—dijo—, mi misión ha terminado. Estamos en tierra de nadie, y es preciso que vuelva con los míos. No me atrevo a seguir con ustedes.

—Gracias, señor—replicó Hilde—. Ha sido usted muy amable y no lo olvidaré. Salude al comandante en mi nombre.

—Lo haré. Se pondrá muy contento.

Se dieron las manos. Darna se había metido ya en el río y esperaba a Hilde, quien le siguió a poco. Smith se quitó el sombrero introduciendo en él las municiones y los cartuchos de dinamita. Igual hizo con las bombas que le colgaban del cinto. El oficial japonés le miraba con cierta curiosidad, preguntándose para qué querría el soldado aquello.

Hilde y el birmano nadaban en silencio, encontrándose a mitad del río, cuando Smith se introdujo en el agua. Llevaba el “Reising” en alto para que no se mojase, y colgado de él, el sombrero con su contenido. Nadaba con cierta rapidez, para valerse de una sola mano.

Cuando alcanzó la orilla opuesta Darna y la joven se internaban ya en la espesura. Ella se volvió para saludar por última vez al oficial nipón, quien permanecía en la otra margen con sus hombres. De pronto, llegó hasta ellos el graznido del cuervo repetido varias veces. Se detuvieron.

Smith salió del agua y procedió a repartir en sus bolsillos la carga que transportó en el sombrero australiano mientras fijaba la vista en la otra orilla. El oficial y los suyos habían vuelto la cabeza hacia el lugar por donde partieron las

señales.

Smith, haciéndose el desentendido, siguió avanzando hasta situarse cerca de un grueso árbol. Allí se detuvo medio oculto por el tronco. Volvióse a mirar. La espesura, En la otra parte del río, se había apartado bruscamente y un grupo de soldados, en quienes reconoció a la avanzadilla que patrullaba en la selva, corría al encuentro del oficial y sus hombres. Estos se pusieron de pie y esperaron.

El jefe de la patrulla se acercó al oficial murmurando unas palabras mientras señalaba a Hilde y a los dos hombres que la seguían. Hasta Smith llegaron claramente las frases: "Takamori ha muerto. Es preciso que vuelvan. El comandante ha recibido orden..." Se volvió a mirar a Hilde. Estaba pálida. Seguramente lo había oído como él. Cambiaron una mirada y él hizo una seña que fue entendida al punto por el birmano. Este tocó en un brazo a la joven y ambos, desaparecieron en la maleza.

Smith vio a los japoneses alzar los fusiles y no esperó más tiempo para entrar en funciones. Su fusil ametrallador se puso en juego y el "Reising" barrió la orilla tumbando a los japoneses por racimos. Gritos de ira y de dolor se elevaron al aire. Una lluvia de balas fue la respuesta que obtuvo y varíes soldados se echaron al río dispuestos a emprender la persecución.

Smith, parapetado en el tronco, sacó del bolsillo los cartuchos de dinamita preparándolos con rapidez. Luego los lanzó con fuerza a la otra orilla entre las matas donde se habían ocultado los japoneses que se libraron de sus disparos y que le hostigaban cubriendo a los que avanzaban por el río. Formidables explosiones se sucedieron y hombres y arbustos fueron por el aire. Con increíble velocidad, manejando el "Reising" como los malabaristas de Chicago, hizo fuego sobre los que iban por el agua. Luego y antes de que se hubieran repuesto de la sorpresa, avanzó corriendo internándose en la jungla, mientras á sus espaldas se oían maldiciones y disparos

sueltos.

Un sordo rumor llegó hasta él. Los soldados de las primeras líneas avanzaban en ayuda de sus compañeros. Aceleró el paso. Hilde y Darma le esperaban ocultos en la maleza. Se unió a ellos y prosiguieron la marcha por la selva con toda la rapidez que les era posible. A los pocos minutos oyeron silbar las balas. Los japoneses reanudaban la persecución. Se detuvieron un momento para orientarse y echaron a correr de nuevo. Detrás se oían gritos de rabia y disparos de fusil. Algunos proyectiles zumbaron por encima de sus cabezas.

Smith cogió una bomba y se disponía a tirar de la anilla para hacer frente a los más próximos perseguidores, cuando la selva pareció brotar hombres por todas partes. Ante lo inesperado de la aparición, Hilde, Darma y Smith se detuvieron en seco. Luego Smith lanzó un grito de sorpresa y colgando la bomba nuevamente en el cinto, avanzó al encuentro de los barbudos rostros que tenía delante. Eran soldados ingleses del ejército del general Wingate. No habían podido llegar más a tiempo.

* * *

Días después, un avión de la R. A. F. aterrizaba en un claro de hierba de bastante extensión, no lejos de un campamento de Chindits. El jefe que los mandaba salió de su tienda acompañado de Hilde, a quien seguían Darma y Smith. Se dirigieron todos al aparato en cuyo puesto de mando y con los motores en marcha les aguardaba el piloto.

Subieron. Hilde tendió la mano al barbudo militar.

—Gracias por todo—dijo— Nunca olvidaré que le debo la vida.

— ¡Bah, señorita!—replicó aquél—. Apenas si me dieron tiempo a intervenir. Ese soldado que les acompaña, se hubiera bastado solo. Hizo en ellos una verdadera carnicería.

Hilde sonrió y subió al aparato. Smith se llevó la mano al sombrero en un postrer saludo y el avión se deslizó suave hasta despegar tomando altura. Dio unas vueltas sobre el campamento inglés y enfiló rumbo a la India con potente rugir de motores.

Abajo, en la selva, se agitaron las manos como despedida a los viajeros.

CAPÍTULO VIII

William Tonne, al apearse del tren en Calcuta, iba pensativo. Durante todo el tiempo que duró la campaña no volvió a tener noticias de Sousa ni del birmano y sí preguntaba qué les habría podido ocurrir. De una cosa estaba completamente seguro; Kutaka había muerto. ¿Cómo si no se explicaba que no hubiera regresado? Precisamente por eso entendía menos aún la actitud de Sousa. Por más que en diferentes ocasiones dio en el parte la noticia de la desaparición del birmano y por último la de su muerte con el fin de que Sousa comprendiera que necesitaba un nuevo auxiliar, éste no había llegado y la campaña terminó sin que volviera a tener noticias de uno ni de otro.

Pensando en ello y también en la necesidad de un bien ganado descanso, fuera de aquellos lugares de la India que se le antojaban odiosos, se dirigió al Gran Hotel dispuesto a entrevistarse con Sousa. Llevaba en el bolsillo la licencia y el pasaporte para reintegrarse a los Estados, pero no quería hacerlo antes de tener un vis a vis con el agente de Calcuta. Verdaderamente, no había valido la pena visitar Asia y encuadrarse en el ejército inglés para que la información adquirida con destino al Japón hubiera resultado a la postre de una inutilidad absoluta.

Penetró en el hotel y atravesando el vestíbulo se dirigió al

mostrador mirando en torno con cierta indiferencia, pero observando los rostros de cuantos se le cruzaban.

Después de solicitar habitación y mientras el criado hindú cogía su maleta, preguntó al encargado, a la vez que éste le entregaba la llave del cuarto:

— ¿Sabe si ha vuelto por aquí el sargento Tim Link?

El empleado del hotel hizo un gesto de ignorancia. Luego pareció recordar algo y dijo:

—He oído ése nombre, señor; quizá encuentre usted a su amigo en alguno de los salones.

Tonne dio las gracias y precedido del criado marchó a su habitación dispuesto a asearse un poco. Minutos después, una vez bañado y rasurado por completo, salía de ella encaminándose al salón donde estuvo a su llegada hablando con Sousa

Tomó asiento. Un bengalí, que le pareció el mismo de aquel día, se le acercó solícito.

Pidió de beber.

Durante bastante rato permaneció con la vista fija en la puerta, esperando ver entrar por ella la achaparrada figura del agente y su moreno rostro. Al fin, cansado de esperar, iba a retirarse, cuando una hermosísima mujer penetró en la sala.

Su mirada se cruzó con la de ella durante un segundo.

Sonrió. Era guapa la rubia.

—Se acomodó mejor en el asiento y sacó un cigarrillo mientras observaba a su antojo las facciones y el cuerpo de la desconocida.

Ella apenas si le miró dos o tres veces. Luego la vio sacar del bolso una tarjetita y garrapatear sobre ella algo. En aquel momento desvió la atención de la rubia mujer para mirar a un grupo de hombres que entraban en el salón y entre el cual creyó ver la cara de Sousa. Nada. Se había equivocado. Sousa no iba en el grupo.

Volvió la vista hacia la desconocida en el momento mismo en que ésta se alzaba de la mesa a que se había sentado. La

vio dirigirse hacia la puerta del salón y salir por ella dejando a su paso un admirativo murmullo.

Dispuesto a seguirla, se había incorporado, cuando el bengalí, se le aproximó. En la mano llevaba una tarjetita que le ofreció con una reverencia.

Tonne la miró un segundo, al tiempo que la tomaba. En un ángulo aparecían las iniciales H. S. entrelazadas y en el centro unas frases escritas con letra menuda.

Su amigo Tim Link no está en Calcuta. Necesito hablarle. Habitación 103. Le espero”.

No hizo más que leer de corrido, para comprender en el acto a qué obedecía el silencio de Sousa.

Se levantó. Depositó unas monedas en la mano del hindú y salió de la sala sin apresurarse. Al cruzar el vestíbulo en dirección a la habitación indicada en la tarjeta, un hombre, cuyo rostro se hallaba oculto por el periódico que tenía en las manos, levantó la cabeza y sonrió imperceptiblemente. Era Smith.

William Tonne se detuvo ante la habitación 103 y llamó a la puerta con los nudillos. Esta se abrió para dejarle paso. Lo hizo cerrando tras él. La hermosísima rubia le dedicó una sonrisa.

—Pase, señor Tonne—dijo en un inglés, perfecto. —Le esperaba.

Se acomodaron en la salita uno frente a otro. Ella le ofreció un cigarrillo. Fumaron en silencio durante unos minutos mientras se miraban a los ojos. Tonne acabó por sonreír.

— ¡Bien, señorita!—exclamó—. Usted dirá. Créame si le digo que su belleza me trastornó y que no he dudado un segundo en acudir a la cita. ¿Puedo saber cómo he de llamarla?

Ella entornó los párpados.

—Veo. Capitán Tonne, que es inteligente—repuso, mientras exhalaba el humo del cigarrillo—. Pero no lo he mandado llamar para escuchar cumplidos de su boca.

Se acomodó mejor en la silla y añadió, mientras cruzaba las piernas:

— ¿Cuánto tiempo hace que no recibe noticias de Sousa?

— ¿De Susa? Perdone, señorita, pero no sé a quién se refiere.

— ¡Acabemos, capitán! No le hecho venir para que perdamos el tiempo.

Se levantó y cogiendo su bolso que se hallaba cerca sacó de él un papel que tendió a Tonne.

—Lea—dijo.

El capitán lo tomó en la mano y pasó por el la vista durante unos segundos. Se trataba del radiograma que Hilde recibió en Mandalay. Cuando lo hubo leído alzó los ojos. Ella le contemplaba con una amarga sonrisa.

— ¿Comprende ahora, capitán Tonne?—siguió diciendo, a la vez que dejaba arder el radiograma después de prenderle fuego con un fósforo—. Sousa ha sido detenido y probablemente fusilado a estas fechas, aunque de ello no tengo la menor noticia. El O. K. W. me ordenó venir a Calcuta cuando me encontraba en Mandalay con el fin de restablecer los enlaces. Nuestros amigos los japoneses carecen de noticias y es preciso que se las procuremos.

—Yo ya lo hice, señorita. Envié el informe que me pidieron y...

—Dejemos eso. De sobra sé que Kutaka murió. Lo que interesa es trabajar de firme. ¿Qué piensa hacer?

—Tengo visado el pasaporte y quería volver a los Estados Unidos, pero...

—Por ahora, no. Tenemos mucho que hacer aquí. Póngase en contacto con su grupo en Norteamérica y espere. Si Berlín no manda otro agente a la India necesitaré de su ayuda.

—No es fácil la cosa. Los despachos a Norteamérica son

escrupulosamente revisados.

— ¡Bah! No irá a decirme que no sabe cómo hacerlo.

—Desde luego que no.

—Entonces, ¿qué espera? El encargado del mostrador trabaja para el Eje. ¿Lo sabía?

—No.

—Bien. A él puede entregar el despacho para que lo curse. Mientras lo hace me cambiaré de vestido. Si quiere cigarrillos puede tomar los que desee. Ahí los tiene en la mesita.

Se volvió dirigiéndose al dormitorio con flexibles pasos. Su maravillosa figura se delineaba a través de la ropa.

— ¡Ah!—dijo, volviendo a medias la cabeza mientras clavaba en él sus verdes pupilas—. Me llamo Hilde, pero puede llamarme Hedy si lo prefiere. Es un nombre inglés que no acaba de disgustarme del todo.

Entró en la habitación y por espacio de unos minutos se oyó el ruido producido por la seda de su vestido al tirar de él. Luego el taconeo de sus zapatos cerca de la puerta y ésta se abrió lo suficiente para que asomara Hilde el rostro y parte de los hombros desnudos.

Sonrió a Tonne, quien había alzado la vista y la contemplaba deslumbrado.

—Perdone, capitán—se excusó ella—. Encontrará papel y pluma en aquel cajoncito—indicó, extendiendo un brazo. Y añadió, apresurándose a retirarlo por detrás de la puerta: —En seguida soy con usted.

Se volvió a oír el taconeo de los zapatos y el roce de la seda sobre el cuerpo. William Tonne, aturdido, sacó papel y pluma del cajón que le señaló Hilde y escribió con cierta rapidez. Terminaba de hacerlo cuando la joven apareció a su vista. Estaba más hermosa que antes. Sonrió deliciosamente al capitán y éste se apresuró a ponerse de pie. Inconscientemente dio unos pasos hacia ella.

— ¿Terminó? — preguntó Hilde, con gracioso gesto.

—Sí—respondió Tonne—. ¿Quiere que se lo lea?

— ¡Oh, no! Es mejor que charlemos, ¿no cree?

Se aproximó a un timbre oprimiendo el botón.

Un hindú se presentó a poco en las habitaciones. Hilde tomó el papel y se dirigió al criado.

—Di al encargado que curse esto—dijo, mientras se lo daba—. No tardes.

Salió el bengalí de las habitaciones. Hilde se había sentado de nuevo y Tonne permanecía de pie ante ella sin dejar de mirarla.

— ¿Qué hace, capitán? ¿No quiere tomar asiento? Le advierto—añadió, con una sonrisa—que habrá de acostumbrarse a mí mientras trabajemos juntos. No le será difícil.

Tonne parpadeó confuso. Aquella mujer parecía leer en él como en un libro. Trató de sonreír y lo consiguió a medias. Respiró hondo y se sentó a su lado exhalando un suspiro.

Transcurrió cierto lapso de tiempo sin que ninguno de ellos hablara. No tenían ojos más que para mirarse y lo hacían con cierta avidez. William Tonne se daba cuenta de que iba perdiendo el dominio de su persona y que cada segundo que pasaba en compañía de Hilde ésta le atraía más. Se alzó inquieto de la silla. Ella se echó hacia atrás para contemplarle a través de las pestañas.

— ¿No me ha visto aún, capitán?—inquirió.

Él se acercó a Hilde. Le brillaban los ojos.

—No, aun no la he visto—repuso—. No la he visto bien y es lástima porque jamás me encontré con una mujer que pudiera comparársele en belleza, ¿Me permite que la llame... Hedy?

— ¿Por qué no, capitán?

—Llámeme William, ¿quiere?

—Bien. ¿Por qué no, William?

Tonne había llegado hasta ella y se la quedó mirando intensamente. Hilde se levantó despacio. Los brazos del capitán se cerraron sobre el talle de la mujer, quien trató

sonriente de desprenderse de ellos.

De pronto, se abrió bruscamente la puerta de entrada penetrando en la habitación cuatro hombres. Uno de ellos se adelantó clavando en la pareja sus grises ojos.

—No se muevan—dijo—. Quedan detenidos.

Y añadió, al ver que Tonne trataba de llevar la mano a un bolsillo del pantalón:

— ¡Quieto, capitán! Le tengo encañonado y mis hombres también. Al menor movimiento que hagan dispararemos. No lo olviden.

Se habían aproximado a ellos. Hilde y Tonne cambiaron una mirada y acto seguido trataron de resistir. No les dieron tiempo. Ocho manos les aprisionaron y minutos más tarde salían custodiados del hotel hasta un automóvil estacionado fuera.

Smith, apoyado en el mostrador, sonreía viendo la cara de susto del nuevo empleado, a quien el arresto, primero, del encargado, y después de dos de los huéspedes del establecimiento, había sumido en un mar de confusiones.

CAPÍTULO IX

Después de estrechar la mano al caballero que terminaba de entrar, el hombre aquel volvió a tomar asiento en el sillón que ocupaba en la biblioteca.

— ¿Ha leído la prensa?—preguntó a su visitante.

—No—repuso el caballero—. Recibí la nota que me envió y me he apresurado a venir cuanto antes. Supongo—dijo,

afable—que no me habrá llamado para eso.

—En efecto, no le he llamado para eso... aunque sí relacionado con algo que dice el periódico, ¿Tiene la bondad de leer la noticia que va en primera página?

Al concluir de hablar ofrecía un diario al caballero que éste tomó mirándole a los ojos. Paseó la vista durante un segundo por la primera página y al cabo se detuvo a leer lo siguiente:

“Calcuta...”.

Esta mañana ha sido cumplida la sentencia militar dictada contra tres espías nazis: El capitán William Tonne, de origen alemán, nacionalizado en los Estados Unidos; Hilde Stotz, alemana, que operó en Mandalay al lado de los japoneses y que logró introducirse en la India, y un bengala al servicio de éstos y, por lo tanto, enemigo de los aliados.

”Los fusilamientos se realizaron de madrugada, según costumbre”.

El caballero, al terminar la lectura, alzó los ojos fijándolos en su interlocutor.

Bien—dijo—. Asunto concluido.

Exacto, señor replicó aquél—. Asunto concluido.

Se alzó del sillón y sonriendo ladinamente añadió mirando al caballero:

—El motivo por el cual le he hecho venir a visitarnos ha sido para cumplir la promesa que le hice de presentarle al soldado que llevó a cabo tan arriesgada misión. ¿Recuerda?

—Sí; dije que me gustaría conocerle y felicitarle por su hazaña. Además, haré que le den un ascenso y que le concedan un permiso de dos meses.

—Creo, señor, que será en vano; no lo necesita.

— ¿Cómo? ¿Dice usted que no lo necesita?

—No; el soldado Smith, ha causado baja en el ejército.

— ¡Imposible! Yo no he firmado esa baja.

—Lo sé; La baja ha llegado a mis manos por escrito. Se la concede el gobierno.

— ¿El gobierno? ¿Pero qué tiene que ver el gobierno...?

—Perdone un instante y lo sabrá.

Se dirigió a una puerta y la abrió. Segundos después aparecían en el marco dos personas: un hombre y una mujer. Seguido de ellos se aproximó al caballero, quien se había puesto de pie al verles.

—Señor—dijo—, aquí tiene al soldado James Smith del Ejército inglés, aunque...—titubeó durante un instante, recreándose en la sorpresa—no es ese su verdadero nombre.

El caballero enarcó las cejas, intrigado.

—No—siguió diciendo aquél—, no es su verdadero nombre. Eso no obstante, le diré otro por el cual es bastante conocido.

Hizo una pausa, y terminó:

—El de Agente X-3, del *Intelligent Service*

— ¿El Agente X-3?

—Exacto, señor; el Agente X-3 y el soldado Smith son una misma persona. ¿Comprende ahora el por qué de la baja concedida por el Gobierno?

El caballero se había apresurado a tender la mano al hombre que acababan de presentarle. Sus ojos no se cansaban de mirar al agente, mientras éste correspondía con un vigoroso apretón.

— ¡Demonio!—exclamó—. Ahora me lo explico.

—Siendo así—habló el dueño de la casa—, permita que le presente a la dama que va con nuestro querido amigo. Se ha dicho de ella bastante durante estos últimos días.

El caballero se volvió a mirar a la atractiva mujer que le indicaban.

—Se trata—oyó que le decían—de Hilde Stotz.

— ¡Qué! ¿Ha dicho usted Hilde?

Se volvió hacia el hombre, parpadeando terriblemente confuso.

—Pero...—farfulló—, ¡cómo es posible! Hilde Stotz, la espía alemana...

— ¡Oh! Cuánto lamento no haberme explicado bien. La esposa de nuestro amigo no se llama, en efecto, Hilde Stotz, sino Alice Farrell, y pertenece al Servicio de Contraespionaje Norteamericano. Comprendo su asombro.

El caballero sacudió la cabeza, como si quisiera despejarse, y acabó dejándose caer sobre un sillón. Los demás temaron asiento mientras sonreían.

—No acierto a comprender—dijo al cabo de unos segundos—nada de lo que termino de oír. Si esta señora, y no lo dudo, es quien usted ha dicho, ¿por qué, llevar la cosa tan lejos, como para dar la noticia de que se le había fusilado? No veo la razón...

—Escuche un momento y lo comprenderá todo: William Tonne, el agente alemán a quien se ha fusilado esta mañana, era ya conocido nuestro antes de llegar aquí. Tuvimos noticias de él antes de embarcarse en los Estados Unidos con rumbo a la India. Como convenía enterarnos de quiénes eran los que operaban en, el grupo de que formaba parte, y también desenmascarar a los espías nazis que había entre nosotros, dentro o fuera del Ejército, no se le molestó en absoluto, aunque se le vigiló continuamente. Al mismo tiempo que él se embarcaba para la India, el Servicio de Contraespionaje Norteamericano enviaba a Birmania a uno de sus agentes, la señora..., llamémosla Farrell, quien con el nombre y la documentación de una espía alemana, la verdadera Hilde Stotz, a quien se detuvo y fusiló cuando iba a cumplir su misión en Mandalay, se hizo pasar por ella ante los japoneses. Espero que ahora lo comprenda todo, y que se explique el por qué hemos dado la noticia del fusilamiento de Hilde Stotz

con... unos meses de retraso. No convenía que la noticia de su muerte llegara a Berlín antes de tiempo.

— ¡Entonces...!

—Sí; nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos han trabajado conjuntamente en este caso. Y como el Agente X-3 es inglés y su esposa norteamericana..., ¿quiénes mejor que ellos iban a realizar ese servicio?

Se había levantado sin esperar la respuesta. De un pequeño bar sacó una botella y unas copas, que llenó del licor que aquélla contenía. Ofreció una a la dama, y después hizo lo mismo con los hombres. Se pusieron en pie.

—Brindo—dijo, alzando su copa—por el final victorioso de la guerra, y también porque esta bella dama y su esposo el Agente X-3 tengan un viaje feliz hasta el punto que les han destinado, y podamos verles de nuevo sanos y salvos entre nosotros.

Chocaron las copas. En los ojos brillaba la emoción, y siguió un silencio que fue roto por el tintineo del cristal al dejarlo todos ellos sobre una mesita cercana.

EPÍLOGO

Al otro lado de los mares, en un amplio despacho, un hombre sentado frente a una mesa fumaba un cigarrillo de marca.

El timbre del teléfono le obligó a incorporarse.

Cogió el auricular. Una voz monótona habló al otro extremo durante unos minutos. Cuando colgó le chispeaban los ojos. De uno de los cajones de la mesa tomó un abultado legajo de papeles que hojeó con cierta parsimonia. Luego lo cambió de sitio, levantándose para ello y volviendo a dejarse caer sobre el cómodo sillón en que se sentaba, sacó una libretita, en la cual se veían anotados varios nombres.

Con el lapicero se entretuvo en tachar uno hasta lograrlo del todo. Cuando terminó, únicamente eran visibles una W y una T mayúsculas. Luego guardó la libretita en uno de sus bolsillos, y sobre una hoja de papel que tenía delante comenzó a hacer rayas, como si no tuviera otra ocupación a que dedicarse en la vida.

FIN

**UN MUNDO INSOSPECHADO
DE INTRIGAS Y MISTERIO**

Descubrirá el asombrado lector de la
apasionante novela
de

PETER DERBY

Peces de platino

Que será publicada en el próximo número
de la cada vez más sugestiva colección

SERVICIO SECRETO

III

No deje de adquirir

Peces de platino

¡Uno de los mejores libros de su género
que han
aparecido en los últimos tiempos!

COLECCIÓN B I S O N T E

TÍTULOS PUBLICADOS

1. — El caballero del Oeste. *Raf Segrram.*
2. — Tempestad en el Valle Maldito. *Michael Kuss.*
3. — Tom, “El Ingenuo”. *Raf Segrram.*
4. — Kansas, “El Espía”. *James Neuman.*
5. — Jack, “El Lince”. *Raf Segrram,*
6. — “Sonrisa de Nieve”. *M. de Silva.*
7. — La senda sangrienta. *Michael Kuss.*
8. — El paria de Liliville. *Raf Segrram.*
9. — La última hazaña. *Michael Kuss.*
10. — El solitario. *Raf Segrram,*
11. — El fanfarrón. *Alan Richmond.*
12. — La reina de Sol Poniente. *Michael Kuss.*
13. — Máscara gris. *Raf Segrram.*
14. — Los cuervos del Lago Salado. *Michael Kuss.*
15. — El asalto de la diligencia. *L. Cripss.*
16. — La muerte salió de ronda. *Raf Segrram.*
17. — La justicia del yanqui. *M. de Silva.*
18. — El jinete siniestro. *Michael Kuss.*
19. — El aprendiz de vaquero. *Raf Segrram.*
20. — Los lobos de Sierra Blanca. *Michael Kuss.*
21. — Las tres promesas de Big-Boy. *A. Luis Pérez.*
22. — El usurpador. *Michael Kuss.*
23. — La gran dama. *Raf Segrram.*
24. — El paso tenebroso. *Michael Kuss.*

25. — Rifle certero. *Alan Richmond.*
26. — El rey de las llanuras. *Michael Kuss.*
27. — El regreso de John Wild. *Raf Segrram.*
28. — La ley del desierto. *Michael Kuss.*
29. — El rancho misterioso. *H. Enberg.*
30. — Larry. "El Simpático". *Raf Segrram.*
31. — El indomable. *Michael Kuss.*
32. — Intriga en el Oeste. *M. de Silva.*
33. — La ciudad fantasma. *Michael Kuss.*
54. — Batalla de titanes. *Raf Segrram.*
35. — La senda del desierto. *M. Kuss.*
36. El ciub de los hombres pacíficos. *Raf Segrram*
37. — Sobre el abismo. *R. C. Lindsmall.*
38. — Cinco condenados. *Michael Kuss.*
39. — El señorito del Este. *Michael Kuss.*
40. — El, sembrador de tormentas. *Raf Segrram*
41. — Los buitres de Trinidad. *Michael Kuss.*
42. — El vencedor de la muerte. *D'Olay.*
43. — El Zanquilargo. *Michael Kuss.*
44. — El novato y el "gunman" *Juan Silva.*
45. — Los jinetes de la pradera. *Michael Kuss.*
46. — El cacique. *Raf Segrram.*
47. — El forastero. *Michael Kuss.*
48. — Dan el aventurero. *II. Enberg.*
49. — El rebelde. *M. Kuss.*
50. — El puma. *Raf Segrram.*
51. — La voz del diablo. *Michael Kuss.*
52. — El maligno Duddley. *M. de Silva.*
53. — *El lobo solitario.* *M. Kuss.*
54. — Los valientes. *Raf Segrram.*
55. — Connele, hijo de Connole. *Alone Gregorv.*
56. — La senda perdida. *Michael Kuss.*
57. — El reducto de Sierra Brava. *R. C. Lindsmall.*
58. — El aguilucho. *Raf Segrram.*
59. — La mina sangrienta. *Walter Iliggins*

60. — “Gumnan” y caballero. *M. de Silva*.
61. — Tierra de nadie. *Michael Kuss*.
62. — El cantor de Cedar. *Raf Segrram*.
63. — Connole salva el apuro. *Alone Gregory*.
64. — El “cow-boy” y la reina. *M. de Silva*.
65. — El protegido. *Raf Segrram*
66. — Por el honor de Roy. *M. de Silva*.
67. — De hombre a hombre. *Raf Segrram*
68. — El valle codiciado. *R. C. Lindsmall*.
69. — El buitre de Overton. *Raf Segrram*
70. — El guerrillero de Tejas. *M. de Silva*.
71. — El intruso. *Peter Doom*.
72. — La ruta de Alan Connole. *Alone Gregory*,
73. — El bandido de la frontera. *Evan Evans*.
74. — El salvaje. *Raf Segrram*.
75. — Fama de forajido. *M. de Silva*.
76. — Cuesta arriba. *Raf Segrram*,
77. — Dos hombres y una pistola. *Peter Doom*.
78. — Cara a cara. *Raf Segrram*.
79. — Alan Conr.ole contra “Máscara Negra”. *Raf Segrram*.
80. — El .juramento. *Peter Doom*.
31. — El rancho “Dama Negra”. *M. de Silva*.
82. — La tigresa. *Raf Segrram*.
83. — Sangre en la frontera. *R. C. Lindsmall*.
84. — El último “cow-boy”. *Peter Doom*.
85. — El infierno negro. *Fidel Prado*.
86. — Cuando aparece Connole. *Alone Gregory*.
87. — El último del rancho. *Raf Segrram*.
88. — Burlando a la muerte. *M. de Silva*.
89. — Una silla de montar. *Peter Doom*.
90. — “Comstack Lodi”. *Fidel Prado*.
91. — Johnny Richmond. *M. L. Stefanía*.
92. — El amo de la montaña. *M. de Silva*.
93. — El espectro. *Raf Segrram*.
94. — El último disparo. *R. C. Lindsmall*.

95. — Por la pendiente. *Fidel Prado.*
96. — Cachorro de pistolero. *M. L. Stefanía.*
97. — Camine de la horca. *Peter Doom.*
98. — Siete tiros. *Raf Segrram.*
99. — Sangre celta. *Fidel Prado.*
100. — Un hombre sin marca. *Peter Doom.*
101. — La loba mansa. *Raf Segrram.*
102. — Cuadrilla de expoliadores. *Fidel Prado.*
103. — Viento del Oeste. *Peter Doom.*
104. — La última oportunidad. *Raf Segrram.*
105. — La última voluntad de Harry Hich. *Fidel Prado.*
106. — Tora O'Day compra un rancho. *Peter Doom.*
107. — El rey de Nevada. *Raf Segrram.*
108. — Riña de lobos. *Fidel Prado.*
109. — Tres hombres juntos. *Peter Doom.*
110. — Huracán de odios. *M. de Silva.*
111. — Al volver a la vida. *Raf Segrram.*
112. — Ráfagas del desierto. *R. C. Lindsmall.*
113. — El que quiso ser pistolero. *Fidel Prado.*
114. — Un torbellino. *Peter Doom.*
115. — Tres amigos de verdad. *Raf Segrram.*
116. — Borracho de pólvora. *M. de Silva.*
117. — Campo dorado "city". *Fidel Prado.*
118. — Peligro en la ruta. *Alone Gregory.*
119. — El domador de potros. *Peter boom.*
120. — Jeff, el invencible. *Raf Segrram.*
121. — El valle de los siete ojos. *John F. Abbol.*
122. — Pueblo de ventajistas. *M. L. Estefanía.*
123. — En el camino de Dodge. *J. de Cárdenas.*
124. — El peor de los "cow-boys". *M. de Silva.*
125. — El final del sendero. *Fidel Prado.*
126. — Uno que vale por cien. *Raf Segrram.*
127. — ¡California Kid! *Francisco Escaño.*
128. — Jugando con la muerte. *Peter Doom.*
129. — Cara de póker. *Fidel Prado.*

130. — Duro de pelar. *Raf Segrram*.
131. — A mil dólares, la vida. *M. de Silva*.
132. — A cara o cruz. *Peter Doom*.
133. — ¡Estaba escrito! *Fidel Prado*.
134. — El grandullón. *Raf Segrram*,
135. — Un equipo tejano. *M. L. Stefanía*.
136. — Una bala para tres. *R. C. Lindsmall*.
137. — El fugitivo. *Peter Doom*.
138. — Entre fieras. *Raf Segrram*.
139. — ¡Adelante, Willy! *M. de Silva*.
140. — Los pastos del río. *Joe Bennett*.
141. — El fantasma de tierra amarilla. *J. de Cárdenas*.
142. — Mercaderes sin ley. *R. C. Lindsmall*.
143. — El justiciero. *Raf Segrram*.
144. — Perdonavidas. *Peter Doom*.
145. — El que mató a Duncan Suiza. *Alone Gregory*.
146. — Ciudad de plata. *R. C. Lindsmall*.
147. — El desesperado. *Raf Segrram*.
148. — El pistolero del sudoeste. *M. L. Estefanía*.

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCION
 PIMPINELA**

- Núm. 203 - Corín Talledo
 LA ÚLTIMA NOCHE
- Núm. 204 - Desobediencia
 ESCALA EN EL PACÍFICO
- Núm. 205 - May Carré
 LOTO



**COLECCION
 ROSAURA**

- Núm. 43 - Mercedes Muro
 FLOR SALVAJE
- Núm. 44 - M.^a Adela Durango
 LA GRAN PECADORA
- Núm. 45 - M.^a Pilar de Molina
 ¡ROBO... SU CORAZÓN!



**COLECCION
 MADREPERLA**

- Núm. 99 - Laura Tur
 LA ESPÍA DE LA TRENZA DORADA
- Núm. 100 - Trini de Figueroa
 VIVIR PARA TI
- Núm. 101 - L. Masora
 LAS DOS BODAS DE JENNY



**COLECCION
 BIDENTE**

- Núm. 144 - Peter Dörm
 PERDONAVIDAS
- Núm. 145 - Alane Gregory
 EL QUE MATO A DUNCAN SUÍZA
- Núm. 146 - R. C. Lindsmo
 CIUDAD DE PLATA



**COLECCION
 SERVICIO SECRETO**

- Núm. 8 - Peter Dörm
 EL CASTILLO DE LOS AHORCADOS
- Núm. 9 - Tony Winton
 ¡CONTRAESPIONAJE!
- Núm. 10 - Peter Dörm
 PECES DE PLATINO



**COLECCION
 AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 3 - Zane Grey
 LA CARAVANA PERDIDA
- Núm. 4 - Zane Grey
 SENDA DE HÉROES
- Núm. 5 - Zane Grey
 SOMBREROS GEMELOS

Últimos volúmenes aparecidos

Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 pts.

{1} Nombre de los dragones que guardan los templos de Birmania.